

EL SIGUIENTE MATERIAL TIENE  
**DERECHOS DE AUTOR**  
POR LO QUE SE SUGIERE QUE EL  
MISMO NO SEA REPRODUCIDO NI  
USADO CON FINES DE LUCRO.  
UNICAMENTE PARA FINES  
EDUCATIVOS Y DE INVESTIGACION

70.36  
T675  
#16

UNIVERSIDAD DE SAN CARLOS DE GUATEMALA

Centro de Estudios Folklóricos



INGUAT  
BIBLIOTECA

TRADICIONES DE GUATEMALA

16

Guatemala, Centroamérica

1981

act. ale D. 529 # 16 Cefol

CRONICAS

## RECUERDOS DE UN ALTARERO POPULAR

*Ramiro Araujo Arroyo \**

*Fotografías: del autor*

**1** *y Manuel Guerra Caravantes*

Cuando mi razón despertó, según la ley las clases sociales estaban abolidas. Pero, de hecho, existían las tres clases: los nobles, a quienes llamaban "la jai laif" -no sé cómo se escribe, ilo pongo como lo oí!; la clase media y los plebeyos. Estos últimos, llamados comunmente, ilos pobres! Debo advertir que en las tres clases había ricos y pobres...

Conocí plebeyos descalzos, son sombrero de petate, sacos de jerga y pantalones de dril, viviendo con suma humildad. Dormían en un tapesco con un petate, una mesa frente a la multitud de cuadros de santos, ante los cuales ponían una candela y ramos de flores, -entonces no se conocían las veladoras de hoy; -unas sillas viejas y un cofre con cuatro patas. Comían frijoles, tortillas y café, aunque aseguraban las gentes que, en el fondo del cofre, tenían gran cantidad de bambas de oro, casas y terrenos...

Cuando alguien les decía que se calzaran, contestaban: "No me toca", y nadie salía de su círculo, en comidas, costumbres y amistades, viviendo todos conformes y felices, idonde Dios les había puesto! Creo que ahí nacía la paz y tranquilidad, que tanto nos falta ahora.

---

\* Ramiro Araujo Arroyo es uno de los altareros populares más insignes de Guatemala. Su trayectoria ha sentado escuela en Guatemala. Por tanto sus memorias y recuerdos son un testimonio vivo de la Guatemala de finales del siglo XIX y primera mitad del XX, así como de la vida de un artista popular.

También en la llamada sociedad; muy elegantes y guardando las apariencias, algunos no comían por no tener con qué... En Pepe Batres íntimo, se lee algo de esto...

Dios quiso que yo naciera en la clase media. Calzado, durmiendo en cama con colchón, comiendo el tradicional cocido, pepián, pulique, revocado, tiras, albóndigas, hilachas, etc. Los domingos, el día de cumpleaños de un miembro de la familia o en fiestas religiosas, se mataba una gorda gallina de las que crecían en el patio de la casa. Los dulces -hoy se dice: el postre, -eran manzanillas sin pepita rellenas de chilacayote (¡qué paciencia para hacer eso!); ante de mamey, camote con piña, de frijol blanco, guayabas, torrijas, y tantos más, que tengo infinidad de años de no comer, así como los atoles en el almuerzo... ¡Ah, la inolvidable poleada!

Nací en el Guarda Viejo, hoy zona 8, llamado así porque al trasladar la capital al Valle de la Virgen o de La Ermita, se buscó un lugar estratégico dónde poner un guardavista que alertara en caso de una invasión, y pareció ideal el lugar donde hoy se levanta el Templo Parroquial de la Divina Providencia. En alto, se dominaba el camino de occidente, y el sitio donde se juntaban el del sur y el de oriente, ya que la Calle de Pamplona era la salida para Cuilapa, Barberena y demás lugares de ese sector.

Recuerdo aquellos atardeceres del mes de enero, cuando pasaban los romeristas para Esquipulas en grupos más o menos numerosos, cantando aquello de "Bella Imagen, Milagrosa, de Esquipulas Redentor..." El grupo más abundante y atractivo por los trajes, era el de Oaxaca, México ( como de una cuadra de largo). ¡Hasta el cielo con sus celajes propios de ese mes, contribuía a dar colorido a las escenas!

Alrededor de la Garita, surgieron pequeñas casas y luego una Capillita dedicada a la Virgen de Concepción.

Con el traslado de la Capital aumentó la afluencia de transeúntes en los caminos y comenzó a surgir en sus contornos el Barrio de Guarda Viejo. Hoy, se diría **Colonia** -como si fuéramos colonos.

Al camino se le llamó Calle Real, desde la cuchilla formada por los caminos de Petapa y Amatitlán -hoy el Trébol- hasta El Boquerón, donde ahora es la Avenida Bolívar y 26 Calle; desde ese lugar, tomaba

el nombre de Avenida de la Libertad, hasta el Amate -hoy principio de la Avenida Bolívar, -llamado así porque había una ceiba de amate.

Esa parte era muy ancha; tenía al oriente un tanque público muy grande, con lavaderos, que le llamaban del Perú. Estaba colocada en su centro una estatua bastante bonita, de hierro, representando una mujer con un cántaro, de donde salía el agua para abastecer la pila, y bajo el estómago le habían pintado toscamente la palabra: ASEO y, por el lugar en que la tenía, los ocurrentes -que siempre los ha habido, -habido, -hacían muchos chistes...

Del lado poniente estaba un estacionamiento de carruajes. Existían unos que les llamaban Realeros, en los que subían y bajaban pasajeros, pagando cada quien su pasaje, tal como los ruleteros y autobuses de hoy día, sólo que entonces ino amontonaban a la gente!

## 2

Y regresamos al Guarda. Entre lo que hoy son la 40 y 41 Calles en la Avenida Bolívar. Al norte estaba un corredor con pilares de madera, en medio se instalaba la Comandancia y le seguía el Restaurante Hillermann, famoso por su comida. Los días domingos se estacionaba enfrente una larga fila de carruajes del Establo Shuman y landós, en los que se transportaban las familias principales que allí almorzaban, pues así lo mandaba Doña Moda...

Los patojos -como entonces nos decían- veíamos con admiración cómo bajaban las damas elegantísimas, iverstidas a la moda de entonces! (casi arrastraban los vestidos y sólo se les veían la cara y las manos entre tanta seda y encajes. Iban engalanadas de valiosísimas joyas.

En el Zaguán del restaurante estaba un escaparate que al ponerle una moneda en el agujero que para eso tenía, levantaba el telón, tocaba una música y unas muñecas vestidas de balletistas bailaban, lo que provocaba nuestro asombro.

Del lado sur, situado en primer plano, había un rancho sin paredes, que servía de mercado. En las casas, cuando mandaban a comprar algo, decían: "Anda al rachón a traer tal o cual cosa." Detrás estaba el Jardincito -en la actualidad dirían el Parque- llamado así porque a una

cuadra, donde hoy es el Trébol, estaba el otro jardín, muchísimo más grande, que le daba número a las calles y que era un remedo de Parque Zoológico, pues ahí había palomas y micos, siendo una entretención para el público. Con frecuencia escuchaba decir: "Vamos al Guarda a ver a los micos..." ¿Quién sabe si los micos no éramos los que ahí vivíamos? Cuando lo conocí ya estaba todo ruinoso por el reciente terremoto de los años de 1917 y 1918. Lo descuidaron mucho, pero así y todo, era el lugar favorito para nuestros inocentes juegos infantiles.

Una pequeña parte contaba con casas en el frente de las calles o avenidas trazadas al estilo español, rectas y formando cuadros; el resto se componía de sitios con una casita unos y otros sin ella y, en la parte alta, la iglesia. La antigua no lo conocí, ya que el terremoto la botó. La que construyeron después, aunque de arquitectura no entiendo, me parece que tenía por estilo un pobre remedo de gótico. A pesar de todo me gustaba con sus dos torrecitas altas y su crucero; tenía en el del lado derecho a quien hoy llaman Señor de Esquipulas, pero que entonces le llamaban ¡Señor de las Misericordias! Le tenían gran veneración y respeto, porque las personas ancianas contaban que en un tiempo le vieron sudar, cuando menos lo esperaban.

Un señor bastante descreído decía: "Hasta que yo tiente el sudor, ¡lo creo!" Y un buen día, corrió la voz de que el Señor sudaba. El descreído fue veloz al templo, subió al camarín, abrió la puerta, puso la mano en el pecho de la Imagen y... en el acto le quedó insensible, ¡como muerta! Hasta el fin de su vida... Todos lo que contaban el suceso daban el nombre y demás señas de dicho señor -pues era del barrio, -pero yo no lo recuerdo...

En el otro crucero pusieron a Jesús (llamado hasta hoy, del Desamparo) por voluntad del Capellán, que lo era en ese entonces el presbítero don Clodoveo Nufio y Lemus, que fue quien lo adquirió, junto con la imagen de la Virgen de Dolores.

La bendición fue un domingo, en la misa conventual, no recuerdo exactamente si fue por el año de 1920 o 21. Una hermana de mi abuela me llevó. ¡Entonces no se permitía a los niños salir solos! Siempre salían con una persona mayor y tomados de la mano, no fuera a ser atropellado por una carreta halada por bueyes o mulas. Si vieran el tránsito de hoy ya los niños atravesar solos la ciudad y hasta en altas

horas de la noche... se espantarían. ¡Qué cambios los de la vida...!

Comenzó la misa. Después del evangelio el sermón y en seguida, el padre se quitó la casulla y por un graderío ya preparado se subió a la tarima donde estaba la imagen y la ungió con óleo santo. Fue una ceremonia muy solemne y con gran recogimiento de todos los fieles. Todo lo hacían con mucha devoción, ¡la que ahora nos falta! Alguien dirá que eso no es necesario, pero... "hasta la comida entra por los ojos", dice el refrán.

En el camarín del altar mayor estaba la imagen de la Inmaculada Concepción, Patrona del Barrio, y que el padre Manuel I. Sicker quitó para poner en su lugar la de San Juan Bosco, sin más razón que la de haber conocido él personalmente al santo, sin tomar en cuenta que San Juan Bosco no pensaba en nacer cuando la imagen de la Inmaculada ya ocupaba ese lugar, y que el santo se gloriaba de ser amante y devoto de la Virgen María.

La Imagen que nos ocupa, de la Inmaculada Concepción, perteneció a la Capilla de la Tercera Orden Franciscana, que estuvo situada al lado sur formando escuadra con el Templo de San Francisco, en el atrio, o sea frente al edificio de la Policía, en la 6a. Avenida. Justo Rufino Barrios expropió la Capilla y la convirtió en oficina de correos, la cual se destruyó años después por un gran incendio, según cuentan.

Los padres Franciscanos atendían esta iglesia y uno, llamado Manuel, fue quien trajo la Imagen de la Virgen para sustituir la que estaba, por ser muy pequeña, para que fuera la Patrona. Esto lo oí contar a las ancianas, pero nunca dijeron el apellido del padre. La imagen pequeña la conocí. Toda tallada en madera, ya un poco deteriorada, estaba en la antigua sacristía y el padre Sicker la regaló no sé a qué colonia, lo que me parece muy bien hecho.

Estas historias se las he contado a varios amigos jóvenes, y hace poco, uno de ellos, el licenciado José Gonzalo Mejía Ruiz, me llevó copia fotostática de las cartas existentes en el Archivo de San Francisco, donde un visitador encargó a la hermana Ministra que, por medio del Párroco del Calvario, a cuya jurisdicción pertenecía el Guarda en ese tiempo, reclamara las imágenes de la Virgen de Concepción y de Jesús Nazareno, que en la actualidad está en los Guajitos, si no estoy mal

informado. Y de la respuesta de los Mayordomos del Guarda, donde dicen que no estaban dispuestos a devolverla ni a dar limosna alguna, pues la tenían por Patrona. Estos documentos prueban ser cierto lo que las ancianas decían.

De las imágenes que en la actualidad están en el Templo, sólo recuerdo que estaban en aquel tiempo: la de San Miguel Arcángel, un San José que está guardado y al cual se le perdió el niño, un medallón en relieve como de una vara de diámetro del Padre Eterno y la del Sagrado Corazón, de vestir, tamaño natural y que está guardado también.

Al padre Nufio lo sustituyó el padre Vicente Aguilar Juárez, y en su tiempo fue cuando hicieron Parroquia, al templo de el Guarda Viejo, quizás por el año de 1923, no estoy muy seguro de ello. Parece que fue él quien pidió que le pusieran La Divina Providencia y fue una gran fiesta la erección de la Parroquia.

Tiempo después un fuerte temblor botó una de las torres y el párroco mando bajar las campanas, porque se dieron cuenta de que la construcción era mala, de madera de pino con tela metálica repellada, sólo apariencia, lo que se le ha llamado "de bajareque".

Siendo párroco el padre Eloy Suárez Cobián, quien fue muy emprendedor, dijo que no había que esperar a que les cayeran las paredes encima y comenzó a levantar las actuales -fuera de la que estaba, para hacerla más grande y no estorbar el Culto Divino. Muy entusiasmado ponía de su propio peculio y dejó las paredes hasta donde están. Los planos y proyectos muy hermosos, pero el padre Sicker los cambió. En el corredor de la casa parroquial aún se ven dos columnas de lo que iba a ser la puerta de costado.

El arzobispo Rosell y Arellano trasladó al Calvario al padre Juárez, y muy contrariado ¡pero obediente! se fue. La obra se deterioró, pues el sucesor, padre Benvenuto Trujillo, ¡no puso ni un ladrillo! Se enmontaron las paredes y hasta mandó llegó el padre Sicker, con el dinamismo que le caracterizaba, continuó la obra hasta terminarla.

Al padre Eloy nadie le recuerda pese a toda su labor. Así es el mundo.

El día clásico del Guarda Viejo era el 6 de enero, fiesta de los Santos Reyes; pero en esta fecha, aún hoy, se celebra a la Inmaculada Concepción, Patrona del Barrio.

Y, ¿por qué esa fiesta fuera de la fecha que le corresponde? se preguntarán algunos. La razón es que, en tiempos remotos, fue una extraordinaria fiesta, y la población poca. Para que cada iglesia la celebrara con toda solemnidad y concurrencia, se estableció un mes de fiestas del 7 de diciembre al 6 de enero, distribuyendo adecuadamente los días. Aún vi en la Merced la grandiosa fiesta de las Hijas de María -así la llamaban-, el tercer domingo de Diciembre, celebrada con permiso de la Santa Sede. Se cantaba la misa y el oficio era como si fuese el día 8. En Capuchinas la celebración era el día 15 y así las otras, hasta el día 1o. de enero en Santa Cecilia, y el final del mes, en el Guarda, aunque hoy no es ni sombras de lo que fue...

En el mes de diciembre, todos sin excepción pintaban el frente de sus casas y también todos tenían ya guardados los estrenos para el señalado día. Como aquello era un verdadero pueblecito en todo, inclusive la observación y la crítica tremenda, los cuchicheos de las vecinas eran de oírse, pues nunca quedaban conformes. Si estaban buenos, ¡mallo! Y si no lo estaban ¡pero! "Que tan chillones los colores que se puso la fulana", "que la camisa le quedó floja a zutana," que los zapatos parecía que le apretaban a mengana", etc...

En uno de los días últimos de diciembre, aparecían como cinco carretas de bueyes cargadas de cohetes, bombas, castillos, etc., que se quemarían durante la fiesta. Al darse cuenta alguno de los niños le gritaba a los demás: ¡Los cohetes, muchá...! ¡ay vienen...! Y todos corríamos a escoltarlos, aumentando en cada cuadra el número de patojos. Cuando llegaban a la casa parroquial a descarga, ya era una multitud de niños, pintándose en todos la admiración y el gozo. Para todos nosotros era un acontecimiento anual todo aquello.

El día 28 comenzaba la novena en la iglesia, con gran solemnidad y gran concurrencia. En esas ocasiones cantaba la niña Estefanía Carranza (se les decía niñas aunque no lo fueran), esta niña, ya con tres hijas que aún viven, tenía una voz natural, sin escuela, pero fuerte y

muy agradable, el pecho le vibraba y tenía gran repertorio y mucha devoción a la Inmaculada, razón por la cual sólo en sus fiestas cantaba. Había varios coros en la Iglesia, pero cuando ella lo hacía, no cantaban. ¡Yo gozaba en grande oyéndola!

El 1o. de enero se efectuaba el convite. A eso de las nueve de la mañana sonaban las campanas y se quemaban cohetes, anunciando el inicio del famoso convite | Cada año distinto, una vez, los fieros -así le decían a los diablos; otro, la Conquista o el Venado, el Torito o Gigantes, saliendo todos los años los viejos y los micos, encargados de recoger las limosnas y de asustar a los niños: cuando pasaban frente a las casas, los niños, escondidos debajo de las camas llorando, provocaban la risa de los mayores...

El convite recorría el itinerario del rezado y a eso de las tres o cuatro de la tarde regresaba al Templo, donde los esperaban varias mujeres con la comida, refrescos y el consabido licor. Al anoecer, ya sin los disfraces, se iban a sus casas, algunos trastumbando, otros... no se podían ni parar.

El día 5, víspera de las festividades, a las once y cuarto el primer largo convite de campanas, el otro a las once y media, el tercero a las once cuarenta y cinco, para dar el Angelus a las doce, cuando quemaban una enorme cantidad de cohetes. Los vecinos estaban atentos para dar su fallo, pues si no oían un exagerado número, ¡no quedaban contentos! Parecer ser que tenían presente que "por las vísperas, se deduce la fiesta..." Y todos salían a la puerta de sus casas. Recuerdo a una parienta que le decía a mi abuela: -Oíste Francisca, la fiesta no va a servir... ¡Esos mayordomos no sirven! Muy pocos cohetes... Y había durado casi media hora la quema. En cambio otras veces decían: -Ahora sí va a estar buena la fiesta... ¡Esos mayordomos sí sirven!, porque la tronazón de cohetes había sido exageradísima.

He recordado estas escenas... en ocasiones en que, ¡no han quemado ni un solo cohete!

La tronazón y repiques se repetía a las seis de la tarde. Por la noche regresaba la imagen que había recorrido durante tres meses los hogares en recaudación, llamándole, como hasta el día, "El Rezadito".

Y amanecía el gran día. En todos los hogares se respiraba a fiesta,

todos recibían visitas y algunas llegaban con dos o tres días de anticipación, desde algún pueblo. Allí estaban los compadres, los primos, los ahijados, padrinos y los amigos, pareciendo cada casa, ¡ipensión! Mataban, desde la víspera, cantidad de gallinas; en algunas casas, marranos. Hacían tamales para la cena de media noche, como si fuera Navidad. En el patio levantaban enramadas y en el suelo, sobre petates, almorzaban como en los días de campo, ¡con gran alegría!

En la Calle Real, frente al Jardincito, instalaban las chinamas para todos los negocios acostumbrados en las ferias; del lado de la Comandancia, las carreras de cintas en caballos, donde se lucían los galanes presumidos, ante las niñas, ¡esas sí de verdad! Cosa igual sucedía en las corridas de toros frente a la iglesia, donde hoy se levanta el Colegio Escuela de Ingenieros, en el Potrerito de Pamplona, el Palo Ensebado, los encostalados y demás diversiones para los niños; por las calles atestadas de gente se encontraban las olas y ruedas de caballitos.

El ferrocarril, que era el transporte común, hacía viajes continuos con gran cantidad de vagones, siendo su terminal o la estación -como la llamaban- frente al Jardín de los micos.

De último vamos a lo más importante: lo religioso. La iglesia adornada por un renombrado altarero, al igual que el anda donde saldría la imagen de la Patrona. Desde las cuatro de la madrugada volvían a hacer otra repicadera de campanas y quema de cohetes, exponiendo a las seis de la mañana el Santísimo Sacramento, y celebraban a continuación muchas misas rezadas, comenzando a los tres repiques reglamentarios, con quema de bombas a las ocho y media. A las nueve daba principio la misa solemne. Salía al altar el cuerpo de acólitos portando los ciriales, el incensario y todo lo que serviría; el párroco o capellán, el predicador, el subdiácono, el diácono y el celebrante. El capellán y el predicador con sotana, roquete y estola, los otros con los ornamentos indicados para el caso, y comenzaba la misa en medio del estallido de las bombas. Las partes fijas: kyries, gloria, credo, sanctus, benedictus y agnus, las cantaban los cantores acompañados de numerosa orquesta. Después del evangelio, cantado con gran solemnidad, subía al púlpito el orador para hacer el panegírico, cantándose en el exordio una Ave María. Al terminar el orador seguía la misa; después del sanctus, salían doce acólitos con



cirios encendidos, arrodillándose seis a cada lado frente al altar mayor, y el misacantano elevaba la sagrada hostia en medio del estallido de bombas y el sonar de las campanas -la mayor del campanario, la pequeña con que daban los toques reglamentarios- y una rueda de campanillas con un manubrio que hacía girar un acólito.

¡Momento solemnísimo e impresionante! En la concurrencia se reflejaba el fervor, la fe y la emoción. Cuando terminaba la misa, a la una y media de la tarde, ¡cuatro horas y media desde su inicio!, la orquesta tocaba una obertura de las grandes óperas, repicaban y había otra gran quema de cohetes.

De escuchar en la Iglesia las oberturas, se me grabaron en la memoria y tiempo después, cuando estaba más grande, les supe el nombre: La Traviata, El Barbero de Sevilla, Aída y tantas otras más que embelesaban los sentidos.

Por la tarde rezaban el rosario, cubrían al Santísimo y salía el rezado, quemándose incontable cantidad de cohetes. Era el más numeroso de todos y una concurrencia de fieles, ¡hoy increíble! Recorría toda la Avenida de Santa Cecilia y regresaba por la Calle Real. En su recorrido presentaban muchísimas loas, unas muy bonitas y otras muy feas. Le salían al encuentro los llamados desafíos, que representaban encuentros de moros y cristianos, todos montados en caballos, cruzando las espadas que producían su natural ruido y en cada casa, quemaban los consabidos cohetes y bombas; los coheteros casi no se conocían, los que había venían de la China, por lo que el precio era bastante elevado.

Al anochecer quemaban, en algunas casas, castillos, fuegos de cañas, toritos, ruedas y granadas, ¡muchos de ellos en casa de los descalzos que dormían en petates! Al filo de la medianoche el rezado pasaba frente a la Comandancia, cruzando por la calle de la Pila, doblando en la cuchilla que formaba con la calle de la Antigua -hoy la carretera Roosevelt y que por hacer el Trébol, ampliaron y botaron las casas y todo eso desapareció y desde allí, iban encaminándose al templo, entrando a las tres de la madrugada por lo general, aunque ocasiones hubo en que lo hizo a las cuatro, cinco y seis de la mañana, siempre con gran muchedumbre que le acompañaba. Al día siguiente, amanecían todos desvelados y aburridos...

Por ese tiempo los motes -llamados también apodos- eran muy comunes. Aún recuerdo a las Pericas, la niña María Copete, don Nacho Mil y pico, la niña María Sefigura, las Güegüechas, las Moradas y la niña Chus la Torcida, ¡para botones de muestra!

En el año de 1918 apareció la llamada gripe, ¡La epidemia más grande que recuerdo! Cerraron los templos, teatros, escuela y todo lugar de reunión. En algunas casas no quedó una persona en pie, teniendo algún vecino o pariente, de los pocos que quedaron sanos, que salir a recibir el atol y las galletas que el Estado se vio en la necesidad de repartir, ante semejante situación. Por bando publicaron la orden de usar mascarillas -no recuerdo si con naftalina o alcanfor- siendo éstos unas almohadillas con cuatro cintas para cubrir la boca y la nariz y amarradas en la nuca.

Mi madre por la tarde se sentó en la máquina de coser para hacer las de la familia, yo le pedía con insistencia que me la pusiera inmediatamente y que quería dormir con ella puesta, provocándoles a todos una gran risa, para llorar al día siguiente porque no quería que me la pusieran. ¡Ah, las novelitas de los niños!

En abril de 1920 estalló el movimiento que derribo al licenciado don Manuel Estrada Cabrera, de la Presidencia de la República. La noche cuando comenzó estaba en casa de mi padre y a oscuras, pues no querían encender la luz para que creyeran que no había gente; dormimos todos en el suelo por temor a las balas y con nosotros nosotros estaban varias personas amigas de la familia, que vivían en el **asentamiento** -dirían hoy- de Gerona, que habían llegado en busca de una mayor seguridad. Todos en silencio, pero un primo de dos años, huérfano de madre y que en la casa creció, seguramente asustado por la situación que se vivía, lloraba a grandes gritos y no lograban callarlo, rompiendo así el silencio... mientras que yo miraba todo con cierta admiración sin comprender nada.

Al día siguiente llegó mi madre a traerme y dijo: si nos hemos de morir, que sea juntos... ¡y me lo llevo! Ella se atravesó frente al pecho una bandera mexicana y bajando la novena avenida, de la dieciocho calle a la línea del ferrocarril, caminando sobre los durmientes de la línea, nos fuimos hasta el Guarda. Ella ligero y yo corriendo, agarrado de la mano. Antes de llegar al Rastro de Ganado, donde estaban las

torres inalámbricas, unos soldados le gritaban que no pasara porque había dinamita enterrada, pero ella no hizo caso alguno y pidiendo a Dios y a la Santísima Virgen, continuamos.

Al llegar a la casa, nos fuimos con toda la familia de ella no sé a dónde. El primer día de paz -como le decían- regresamos muy temprano. Todas las casas estaban vacías y yo tenía unas ansias muy grandes de ver a las tías que tanto me querían y mimaban. Mi madre averiguó dónde estaban y fuimos a buscarlas a la Finca Miraflores -parte de lo que hoy es la carretera Roosevelt y efectivamente ahí estaban con una gran cantidad de familias, durmiendo bajo los árboles. ¡Parecía aquello un campamento! Ya estaban recogiendo sus cosas para regresar a sus casas, sólo almorzarían en ese lugar. Mis tías, al verme, salieron a mi encuentro y ¡Qué escenas de afecto aquellas! luego de un rato, regresamos y ellas se vendrían tiempo después.

Entre los cafetales vi muchos ídolos repartidos entre los árboles, seguramente fue un lugar muy importante en tiempos precolombinos y me parece que actualmente algunos de ellos están en el Museo Arqueológico.

El camino estaba desierto, sólo un carnicero tenía el negocio abierto, porque lo estaba limpiando. Encontramos varios fortines en las calles, éstos eran unas paredes al ancho de la calle, como de una vara de alto, levantadas a la brava para que se parapetaran los soldados, por lo que tras ellas se encontraba gran cantidad de cascabillos, aunque de éstos había en toda la ciudad en profusión. En todas las casas los niños los teníamos para nuestros juegos, dándoles el destino según la afición. Yo los ponía de floreros y candeleros... ¡era lo que me gustaba!

Contaban que el padre Gabriel Solares, párroco del Calvario en ese entonces, juntó los tales cascabillos y con ellos mandó a fundir una campana.

El 15 de septiembre de 1921 se celebró el primer centenario de la Independencia Nacional, pero por la distancia en que se vivía -en ese tiempo se sentía el Guarda Viejo lejísimos-, se iba al centro muy de vez en cuando y se decía: voy a ir a Guatemala o fui a Guatemala. Por esta razón es que vi muy poco de los festejos. El gobierno trajo un circo extranjero que lo instalaron en la Plazuela de San Sebastián. Decían era gratis la entrada, yo sólo lo vi por fuera. Donde hoy está el Palacio

Nacional, la Colonia China levantó un arco que estuvo por mucho tiempo y le decían: el Arco Chino. Donde hoy está la Concha Acústica, hicieron un edificio (provisional, supongo, por su construcción) al que llamaban el Palacio del Centenario y la gente le decía como por burla "El Palacio de Cartón". Era de un piso y por dentro se veía bien decorado, porque decían que las "arañas", espejos, cortinas y cuanto pudieron lo habían llevado del Teatro que dejó el pobre Rafael Carrera, ¡tan calumniado! Yo conocí por dentro el tal palacio, porque nos llevaron a los distinguidos de cada clase para darnos un premio. Ya lo saben, ¡fui distinguido y no se les olvide!

Tiempo después, no recuerdo cuántos meses, el bendito Palacio se quemó. Fue un viernes de dolores por la tarde. Del lado del Parque Central había un reloj cuya maquinaria estaba dentro del tal Palacio y el reloj se quedó marcando la hora del incendio hasta el fin de sus días.

Una noche me llevaron a ver unos fuegos chinos -así les decía la gente-, en el Parque Central. Por la gran concurrencia casi no los vi; recuerdo que caían muñecos y juguetes, pero no sé si fue verdad o imaginación mía, pues de niño fui muy imaginativo al punto de que, cuando pequeñito, cortaba las puntas de los *shilotes* de maíz y los vestía; yo los veía como unas imágenes de santos muy lindas y les hacía altares donde los colocaba. En los agujeros que se hacen en las paredes húmedas cerca del suelo y donde hacen algunas plantitas, me sentaba en el suelo frente a ellos y veía grutas bellísimas, imaginándome un sinnúmero de cosas, quedándome inmóvil y abstraído por un largo tiempo.

A la Iglesia Católica de Guatemala le destinaron para sus celebraciones, el día 16 de septiembre para que no se interfirieran los actos. El atrio de la Catedral Metropolitana estaba todavía lleno de las piedras de las torres, frontispicio, barandal del mismo y las cuatro estatuas de los Evangelistas que derribó el terremoto de 1917. Ahí se celebró una misa, supongo que Pontifical, y luego una gran procesión de todas las hermandades con sus estandartes, el clero y el prelado. El Santísimo Sacramento fue llevado hasta la Iglesia del Calvario, se bendijo a la ciudad. Todo fue muy solemne.

En esos tiempos llamaban al Mercado Central, La Plaza Grande o

La Plazona, para distinguirlo del Municipal del Sur, La Placita, situado en la dieciocho calle entre cuarta y sexta avenida, de la zona 1. No sé porqué le dieron ese nombre, ya que era mucho más grande que la que el nombre daba a entender. De dos partes, ocupaba las manzanas de la 4a. a la 5a. avenidas y de la 18 a la 19 calles y la de la 5a. a la 6a. avenida y de la 18 calle al callejón de la Placita, llamado así por formar lo ella precisamente, con la otra media manzana. Esta parte contaban que fue uno de los salones de la Exposición Centroamericana en tiempos de la administración del Presidente José María Reina Barrios en realidad parecía uno de esos salones del actual Parque de la Industria. Así como el Calvario era el remate de la sexta avenida, esta parte del mercado lo era de más de la mitad de la 18 Calle. Con el tiempo la llamaron "La Placita Quemada", por haber sufrido en sus dos partes algo así como siete incendios, y al final, trasladaron a las vendedoras a la terminal, una parte, y la otra donde actualmente se encuentra: de la 6a. a la 5a. avenidas y de la 19 a la 20 Calles de la zona 1.

Una de mis tías venía a la Plaza Grande tres veces a la semana y cuando a juicio de ella había algo que valía la pena, me llevaba con ella, sólo para que la fastidiara! Aunque para ella era mucho gusto...

El 24 de octubre me llevaba al Hospital de San Juan de Dios, que estaba de fiesta por ser el día de San Rafael Arcángel, patrono de los hospitales. ¡Y, vaya si lo estaba! Durante todo el día las puertas permanecían abiertas de par en par, sin porteros, pues había entrada libre. Era un entrar y salir de gente como si fuera una feria. Todas las salas, corredores y dependencias estaban profusamente adornadas, pero, el mayor atractivo eran los altares que hacían en cada sala, una verdadera competencia! Por la mañana llevaban al Santísimo para distribuir la comunión a los enfermos. Las familias pudientes mandaban platos muy exquisitos para ser repartidos a los enfermos y contaban que al día siguiente la capilla privada amanecía llena de muertos por la gran comilona que se habían dado.

Por esa mi tía, comencé a ver el Rezado de la Catedral, en el que una vez me perdí, cuando tenía como seis años. En vez de dar alaridos como era costumbre, me agarré de la barra de una vitrina y me subí para buscar a mi tía entre la concurrencia, pero ella me vio primero y corrió a donde yo me encontraba, buscando después dónde tomarse

tres tragos de agua para que se le pasara el susto y diciéndome que nunca más me volvería a sacar, pues no quería que la fuera a matar de un susto... Mientras tanto, yo refunfuñaba. Al llegar a la casa contó el incidente y las demás tías hacían los comentarios y hablaban todas juntas como los diputados cuando hay pleito en el Congreso...

A los pocos días, otra vez me llevaba, ahora agarrado más fuertemente y repitiéndome a cada momento que no me fuera a perder de nuevo.

Cuando comenzaba la venta de pastores y demás artículos propios de la Navidad en la 6a. Calle, al costado del Palacio Arzobispal, mi tía me llevaba con la condición de que no fuera a pedirle que me comprara nada, ¡Y firme promesa! Pero al llegar comenzaba: ¡Cómprame ese pastorcito! Y ella me decía ¿Qué me dijiste en la casa? Y yo le respondía: Sólo ése... sí. Pues te lo voy a comprar, ¡pero sólo ese!, me advertía... Pero la escena se repetía cuando menos unas ocho veces.

Cuando regresábamos me decía: No te vuelvo a traer, me dijiste que no me pedirías nada y ve cuanto me hiciste comprar... Yo ponía oídos de mercader, esperando la próxima, pues en ese tiempo no dejaba de irme con ella una sola vez, repitiendo en cada una las promesas y el quebrantamiento de ellas. Por supuesto que al llegar la Noche Buena el Nacimiento tenía una cantidad grande de pastores, casitas y diferentes cosas que con tanto gusto hacían y que hoy, ¡ya no se ven!

Ya dije anteriormente que me parece que a mi famosa tía le gustaba que yo la fastidiara. Cuando comencé a ir a la escuela, antes de marcharme por la mañana pasaba frente a mis familiares como un recaudador, poniéndoles la mano extendida y todos me ponían un peso de la antigua moneda; sólo ella se escondía y yo la buscaba en todos los rincones, debajo de las camas y por todas partes hasta encontrarla.

Entonces me decía: ¿Me has dado a guardar algo pués?

¡Pero me da...! -Le exigía, metiéndole la mano en la bolsa.

Y era la que más me daba. Excesivamente seria, de pocas palabras, pero fui como se dice: "su lado flaco". Se había quedado soltera y ya de media edad, pero me quiso ¡más que mi propia madre! Jamás me negó nada y yo bien que me aprovechaba de eso. Como dije antes,

¡para fastidiarla! ¿Cuántas veces su grato recuerdo me ha sacado una furtiva lágrima?

El Calvario era el remate de la 6a. avenida, estaba situado en la cima de un cerro y para llegar a él había un graderío. El alcalde Mario Méndez Montenegro lo mandó botar para prolongar esa avenida, habiendo podido -como opinaban muchas personas por la prensa- hacer dos vías que rodearan el cerro, pues calles rectas todas las ciudades del mundo las tienen y ¡cerros no!

El 21 de agosto de 1922 murió mi madre. Quedé con la abuela y las tías, que redoblaron sus cariños y cuidados, por lo que sentí poco su falta; años más tarde fue cuando comprendí cuánto la necesitaba.

Al cumplir los diez años, mi padre me llevó a su casa con su familia, donde me sentía un extraño... En todo, mi vida cambió totalmente... ¡A comenzar una nueva vida! ¡Qué tristes son esos cambios! Pero, dan mucha experiencia si uno pone atención a las cosas... En fin, todo eso es muy personal y sin ningún interés para los demás.

Mi abuela paterna, de edad ya avanzada pero con mucha energía, era quien llevaba el gobierno de la casa y personalmente preparaba la comida; era muy tradicionalista y costumbrista, como todas sus contemporáneas. Así era que, en la Cuaresma, preparaba las siembras de la Virgen de Dolores -así decía- y sembraba en macetas pequeñas: maíz, cebada y lentejas; las tres cruces, escalera y cuanta insignia había de la Pasión, con semilla de chan, que había que regar todos los días. ¡Cómo me gustaba todo eso! La ayudaba y cuando se enfermaba -cosa que sucedía todos los años en los días de la novena preparatoria al Viernes de Dolores-, ¡su gran devoción!, yo me encarnaba del cuidado de las siembras con gran satisfacción de ella, naturalmente, y luego, la víspera de la preparación del altar. Esta es la razón del porqué aprendí a preparar muchas cosas que en el transcurso de mi vida, tanto me han servido.

Para la Semana Santa, las comidas de cada día obedecían a un menú fijo. El día del Corpus por igual: se preparaba con una semana de anticipación una tinaja de chicha, para tomarla por vasos acompañada de marquesote después del almuerzo, que invariablemente en todas las casas de mi clase social consistía en: pepián de espinazo, arroz

valenciano, chiles rellenos y tamalitos blancos.

El día de Todos los Santos se comía el tradicional fiambre, y cuando se acercaba la Navidad, mi abuela decía: Ahora si que no esperen tamal, porque no pienso hacer nada... Pero a la mera hora, ya los estaba haciendo, aunque después les encontraba algún defecto: que si estaban salados o duros, o lo que fuera, el caso es que ella tenía que volver por su crédito... ¡Pretexto para hacer los del Año Nuevo!

Tal vez por su edad, rarísimas veces salía a la calle, exceptuando la tienda vecina, cuya dueña era su amiga, salía un rato a platicar con ella, o a la carnicería. Pero cuando salía, "se ponía sus trapitos", como se decía entonces, y la hija -mi tía, que aún vive- le preguntaba qué pañolón le sacaba, pues tenía varios, como cuatro negros, un café, un pitahaya y un amarillo paja. Todos de burato, cuadrados, con grandes barbas por los cuatro lados, como los mantones de manila, pero sin flores y se los ponía doblados a lo largo por la mitad. A esas alturas, sólo usaba el negro más delgado, porque decía que los otros pesaban mucho.

El amarillo era muy hermoso, y como desde niño me atrajo mucho el culto divino, cada vez que lo veía pensaba que con él se podía hacer un palio para una Iglesia pobre. Sin embargo, el 30 de marzo de 1930 murió la abuela y a guisa de mortaja, la envolvieron en el pañolón amarillo y se fue al sepulcro, junto con mis deseos del palio... Los demás posiblemente están en el rincón de algún armario, si el tiempo no los ha destruido.

Pero volviendo a sus salidas a la calle, debo añadir que, ya vestida, se llamaba un carruaje de la Plaza de Toros -así se le llamaba a la plazuela de la Estación del Ferrocarril- porque allí estuvo la de toros, construida en tiempo de la colonia. Ocupaban el asiento principal la abuela y la tía; el primo y yo nos sentábamos junto al cochero para ir platicando con él, preguntándole cuanto se nos ocurría, con la alegría propia del niño.

Una de esas salidas la hacía mi abuela el lunes santo al anochecer, para ir a ver a Jesús de la Merced en su solemnísimas velación -de la cual sólo el nombre le queda. Al entrar al templo, ¡Qué admiración! Aquellos cortinajes, qué altares, ¡parecía todo como un cuento de hadas! el lugar preparado para la velación ocupaba todo el presbiterio

y en seguida en el suelo estaban grandes cantidades de imágenes bellísimas y valiosas en bombas de cristal. (¿Cuántas habrán salido para el exterior?) Otras con peces de colores, jaulas con pájaros, fruteros con las frutas adornadas con recortes de papel y plateado, etc. Todo eso lo llevaban los vecinos o personas piadosas de otros barrios, como un verdadero homenaje a Jesús.

Bajo el coro, la gran orquesta -no como ahora que se anuncia la orquesta y si bien nos va, nos encontramos con un cuarteto. En el resto del templo casi toda la ciudad que, al llegar, se ponía en oración frente al altar y después se paseaba con gran recogimiento, mirando las imágenes, pescados, pájaros y los fruteros y escuchando la música sacra, ino de baile como es ahora!

Después de admirar todo aquello, salíamos a abordar el carruaje y nos marchábamos de regreso a la casa, con el alma llena de emoción y haciendo los comentarios del caso.

Otra de las salidas era el 29 de junio por la mañana para viajar al pueblo de San Pedro las Huertas -llamado por todos San Pedrito, hoy zona 5- que celebraba su fiesta titular, con la solemnidad del Corpus Christi. Llegaba el consabido carruaje y nos encaminábamos por la 18 calle, doblando la 10a. avenida al sur, siguiendo la calle de la Barranquilla, pasando bajo el Puente del mismo nombre, que aún existe -aunque todo lo demás ha cambiado totalmente- y haciendo un gran rodeo por La Palma, pues no existía el relleno de la 12 avenida, hecho con el ripio que dejó el terremoto en la parte sur de la ciudad y que fue inaugurado en tiempo del general Lázaro Chacón. Con el del norte hicieron el otro relleno entre Jocotenango y la Parroquia Vieja, surgiendo lo que se llamó Calle Nueva.

Y llegábamos al pueblo. Se parecía a los que rodean la Antigua Guatemala: sitios rodeados de cercos de chichicaste, hierbamala y demás arbustos semejantes, con una casita adentro; muy pocas las tenían en el frente.

Por donde pasaba la procesión sembraban plataneros, ramas de bambú, regaban pino o flores y, cuando menos, agua, quemando las consabidas bombas. ¡El pueblo era mucho más piadoso que hoy!

En el jardín, frente al templo, ponían las ventas con las tradicionales comidas del día del Corpus; todo muy bien cocinado,

auténtico. Alrededor, las ventas de peras, membrillos y duraznos, que había que llevar para quienes se quedaban en la casa.

Después de comer y pasear por el pueblo era obligada la visita al Santísimo Sacramento, antes de emprender el regreso. Cuando entrábamos en el templo, todavía en ruinas, un anciano a quien llamaban don Chilo Méndez, que vivía por el callejón de la Cruz -hoy 3a. avenida "A"-, quien parece ser que llamaban de los pueblecitos cercanos, tocaba el armonio algo desafinado y cantaba con una voz gangosa, nada agradable. Por el estilo y los adornos, de unos colores muy fuertes y muy mezclados, se apreciaba que quien los ponía era don Rosendo Muñoz. No cabe duda que la afición a los adornos es innata en mí, pues desde muy pequeño ya me fijaba en ellos más que los mayores. Salíamos, y de regreso a la casa, siempre bajo los fuertes aguaceros, pues entonces llovía más que ahora.

¡Qué manía la de decir que antes todo era de otro modo! Pero no es mía la culpa...

La semana de la Feria de Agosto era la otra salida con la abuela, pero no a Jocotenango, porque a ella no le gustaba, sino al costado del Palacio Arzobispal (6a. Calle), donde ponían la venta de los artículos que fabrican los indígenas para el uso doméstico. Ahí las amas de casas se aperaban para todo el año de: lazos para tender la ropa, paletas, sopladores, molinillos, machucadores, toles, trastos de barro, chinchines y pitos para la Novena del Niño Dios, carretillas, volantines y demás juguetes que fabricaban para los niños. ¡Juguetes que han desaparecido como nuestras ilusiones!

Todas las señoras llamaban a esa anual salida de compra "Ir a cucharear"; parece que el nombre se debía a que también se compraban las cucharas para servir porciones en la cocina, las cuales se hacían de los morros largos partidos a la mitad.

Después de la acostumbrada escena del pañolón y el carruaje, salíamos como a las dos de la tarde. Frente a la Catedral estacionaban casi todos los vehículos -más propio me parece llamarlos mulículos, pues eran halados por mulas... En medio de aquel trajín, lo primero que compraba la abuela eran los canastos grandes y luego otros más pequeños y las demás cosas; también nueces, dulces y frutas para obsequiar a los vecinos y amigos, en prueba de haber ido a "cucharear".

Ya con los canastos llenos y colocados en el carruaje, apretándonos, regresábamos a la casa. ¡Qué alegre era todo aquello. Ahora todo es telenovela, película con robos, crímenes y demás escuela de mal...

El segundo domingo de julio por la tarde había otra salida. La obligada visita al Santísimo en el Templo de la Merced, donde se celebraba la famosa y solemnísimas Fiesta de los Músicos. ¡Y no era para menos la fama, que bien merecida la tenía! Las generaciones actuales no podrán ni siquiera imaginarse lo que era... En cierta oportunidad enseñé a varios jóvenes unas fotografías del interior del Templo, tomadas con motivo de esas fiestas, sin decirles de dónde eran. Les pregunté que si acertaban y no pudieron hacerlo. Cuando les expliqué, les causó gran admiración. Uno de ellos exclamó: "Porque veo la fotografía lo creo, pues me parece imposible..."

Cuando bajábamos del carruaje veía el atrio rodeado de mástiles con banderas de rojo y blanco, festón de encino, pino en el piso en gran profusión y, sobre la puerta principal, un gran escudo de la Asociación de Filarmónicos. Cuando entrábamos era tan grande mi emoción que creo llegaba al estupor... ¡Qué cortinajes tan bellos! El altar parecía un cuento de hadas, con una profusión de imágenes de ángeles por todas partes y el pino regado desde la primer grada del altar hasta el atrio, despidiendo su grata fragancia.

Cuando contaba con unos años más de edad, me interesé por conocer el motivo de esa Fiesta y supe que su origen fue para desagraviar al Sagrado Corazón de Jesús, de las faltas cometidas en el servicio religioso. Entonces pude poner más atención a las fiestas, aunque con muchos problemas, pues para asistir tenía que mentir en la casa diciendo que el maestro me había mandado a cobrar y que tuve que esperar al señor... o cualquiera otra que se me ocurría. Al maestro le pedía permiso para salir más temprano porque tenía un asunto urgente de mi padre y en fin... un montón de mentiras con el único fin de poder ir a la Merced.

La novena daba principio el primer viernes de julio a las 6 y media de la mañana distribuyendo los nueve días entre los maestros de capilla. Estos invitaban a los músicos a quienes daban trabajo durante el año, de esa forma, toda la novena constaba de numerosa orquesta.

El segundo jueves de julio un altarero de gran fama, don Alfredo

Monge, comenzaba con una cuadrilla de ayudantes a poner el suntuoso adorno. Cuanta vez podía me entraba a la Merced a sentarme por horas a ver trabajar a los altareros. ¡Qué deleite tan grande para mí! Y cuando alguna vez me decían: "Vos patojo... agarrá esa punta de la cortina para doblarla" o "Traete esos candeleros para acá...", era para mí el premio mayor de la lotería. Me imagino que ya de vista me conocían, como yo a ellos. Por esa razón conocía muy bien los ángeles, aquellos floreros de china como de una vara de alto -que hoy sólo en los museos se ve uno que otro. Los miembros de la directiva llegaban de vez en cuando a ver como iba el trabajo.

El sábado víspera, a las once y cuarto, comenzaban los convites de campanas y a las doce, la quema de bombas. Lo mismo se repetía por la tarde.

El domingo, primer día de la fiesta, a las seis de la mañana, se descubría al Santísimo y a continuación misa con música, ¡por algo era la fiesta! A las ocho y media comenzaban los repiques llamando a la Misa Solemne, con sus respectivas bombas. Yo llegaba antes de los repiques para encontrar un buen lugar y ya una cuadrilla de mozos estaba regando el pino. Momentos después, comenzaban a llegar los músicos. Bajo el coro estaba las sillas preparadas con los atriles, que casi llegaban a la mitad del templo. En ese tiempo, si no había alguna piadosa voluntaria que llegara, en ningún templo había quién tocara el armonio ni cantara, lo mismo que el martes por la tarde; todos estaban en la Merced, pues era su fiesta.

A las nueve de la mañana, salían al altar el padre Juan Cecilio Cuéllar quien del lugar donde estuviera, venía exclusivamente a eso; los ministros, el predicador y el cuerpo de acólitos. En esa misa tocaban intercalados partes de grandes obras musicales. El Himno al Sagrado Corazón -que por fortuna aún lo cantan- lo ponían como gradual, con toda la orquesta y coro.

Después del evangelio, el sermón. En el exordio alguna renombrada cantante, acompañada de arpas, cantaba un Ave María, y al finalizar la misa la orquesta tocaba una famosa obertura. A todo esto eran ya más de la una y media de la tarde, ¡casi cinco horas y me parecía un momento! Durante los tres días, con excepción de las partes de la misa que las dirigía el presidente, todos los demás números los

dirigía uno de los maestros, y de esa forma desfilaba la mayoría, procurando cada quien sobresalir. A la hora del sermón, ya habían electo al que sería presidente para el año siguiente y lucía en la solapa del saco la medalla como tal.

Verdaderamente se sentía la Fiesta de los Músicos, y de los Departamentos y aun fuera de la República, venían para tomar parte, hospedándose en las casas de sus colegas.

De la Merced pasaban a la casa del presidente, donde se servía el gran banquete -sin distingo, a todos; pero en el rezo de la tarde, faltaba la mayoría, y los que llegaban ya iban con el banquete por la cabeza y todo salía un poco desafinado.

Lunes y martes, jubileo con su misa solemne y rezo por la tarde, naturalmente con orquesta a las seis de la tarde. El martes a las cinco de la tarde, con la asistencia de todos los músicos, durante el rosario se interpretaban cinco oberturas de las mejores, así como aves marías y letanía. Luego la procesión del Santísimo Sacramento, formada por la Cruz Alta y ciriales, el Patronato del Corazón de Jesús y el Apostolado de la Oración, ambos con sus estandartes, doce acólitos con faroles, las largas filas de fieles con candelas encendidas. El canónigo magistral don José Angel Montenegro y Castilla llevaba al Santísimo Sacramento. Al salir al altar, el coro y la orquesta interpretaban la **Salve Regina**, después el **Sanctus** y el **Pange lingua**, itodo en Latín! Y se comenzaba a caminar, haciendo el descanso en el primer altar; se cantaba el primer motete y así los otroa tres; al regresar al altar mayor **Tantum ergo** de Rossini y la bendición final; después el canto popular de **Corazón santo**, con lo que terminaba la fiesta, pasadas las ocho de la noche.

Yo salía corriendo sin parar, pues era muy tarde y no había autobuses como hoy. Iba muerto de pena meditando ya las mentiras que diría en la casa.

Al día siguiente a las nueve de la mañana, el solemne funeral por los músicos difuntos, que celebraba el padre José Luis García Pineda y, con tristeza veía que después comenzaban a quitar los adornos, pues las inolvidables fiestas habían terminado...

Ya en su decadencia esta fiesta, en una ocasión se celebró en el templo de Santa Catalina. Después de la misa salió el padre Cuéllar

acompañado del padre Mardoqueo Castillo, recién ordenado, que fue el diácono durante la misa y le dijo: "¡Qué solemne estuvo y tanto músico...!" y el padre Cuéllar le contestó: "Oigame bien padre, ieso que usted vio, no es ni la quinta parte de lo que fue!" Y el padre Castillo, se quedó anonadado.

Como no quise estudiar, mi padre un poco enojado me preguntó qué oficio me gustaba. Le respondí que escultura religiosa y con un amigo de él, don Román Garrido, me puso a aprender. Por ese tiempo don Román reparaba el altar de Nuestra Señora de los Pobres en el templo de San Francisco, siendo el superior fray Pacífico Galoña, fraile de mucha virtud, serio hasta la exageración, de muy mal carácter. Casi todos los empleados le temían. Las horas de trabajo eran de ocho a doce y de dos a seis. Con frecuencia el padre se paseaba vigilando la entrada y, si alguno se atrasaba, entraba a decir: "Cómo sois vosotros... a la hora de la entrada, ring-rang, ring-ran (pronunciando las ocho timbradas), y no entráis, pero a la hora de salida, ring-ran, y ya estais en la calle..."

Así fue como conocí mucho de ese templo tanto en lo material, como en el culto divino. Todavía tenía mucho en ruinas. Lo que fue sacristía servía de patio y ahí se había instalado una galera que servía de carpintería para las obras del templo. En ese patio estaban dos grandes hoyos, derrumbes del techo de las bóvedas, por donde nos descolgábamos recorriendo grandes trechos y poniéndonos en mayores peligros, que la edad no nos dejaba ver.

A escondidas del sacristán subíamos al techo y por las orillas veíamos para todos lados desde aquella altura y con peligro de caer. Así fue que conocí casi todo el enorme templo y los restos del convento.

Más tarde, cuando fui tomando confianza, le ayudaba al sacristán a poner las imágenes para las novenas y a vestir las, por lo que me pude dar perfecta cuenta de todas las cosas de plata pura que tenían, mucho de lo cual ha desaparecido...

Me pasaba mucho tiempo en la sacristía y el sacristán, que era un anciano a quien unos llamaban el hermano Everardo, otros, el hermano Chema, pues tenía su nombre propio y otro adoptado al profesar en la Orden Tercera Franciscana, estaba encantado, pues le hacía todas las cosas que a él le correspondía. Las hermanas terciarias me tenían

también mucho aprecio, pues lo que hacía les parecía muy lindo. Sólo mi maestro no estaba muy contento, pues me decía que mejor me quedara de sacristán, pero no me lo decía con enojo, pues me trató siempre con mucho cariño, como si hubiera sido miembro de su familia.

En ese tiempo, me parece que San Francisco estaba de moda para los funerales solemnes. El Gobierno no permitía la entrada de muertos a los templos, pero las misas de réquiem eran muy solemnes y ahí casi todos los días, exceptuando domingos y días de precepto, había hasta dos y tres. Ponían grandes cortinajes negros, dos filas de hacheros con cirios encendidos, catafalco con paño negro bordado en plata y había orquesta, casi siempre con treinta, cuarenta y más músicos. Había tres ternos negros para misas con ministros y aparte las casullas para uno solo. Ya me sabía varias misas de memoria, de tanto oírlas.

El maestro de capilla fue don Máximo Castro Illescas, músico de fama, así como cantante, con voz de bajo. Cuando lo conocí, ya era de edad avanzada; fue muy amable y bromista conmigo.

El dieciséis de diciembre por la tarde, comenzaban las posadas, que como devoción franciscana tenían gran solemnidad. Salía al atrio la procesión, haciéndose la escena de cerrar la puerta para pedir cantando la posada, y cantando respondían desde adentro. Finalmente entraba y cada día, recuerdo, ponían a José y María en diferente altar.

Había dos Misterios de tamaño natural. Uno, que luce muy antiguo, aún está, menos el bellísimo Niño, por el cual he preguntado y solamente una vez me dijeron que se encuentra en la Parroquia de Cristo Rey, pero... a mí no me consta. A este hermoso Niño Dios, lo ponían en el nacimiento que comenzaban a preparar desde días antes, en el medio del altar mayor. ¡Todo muy hermoso! Aún quedan dos pastores tamaño natural, obra de fray Angel Cabrera, que según decían, fue muy buen escultor y pintor. Eran varios, pero cuando el terremoto del año 17 se robaron unos, pues como dice el refrán: "Unos en la pena, y otros en la pepena". La última pastora que quedaba, cometieron la tontería de volverla un ángel, agregándole pelo, y quedó con cara de mudo. Para que tuviera compañero, hicieron igual con la virgen del otro Misterio, quedando ambos como los más feos que allí se encuentran. El San José aún está, pero viudo...

El primer viernes del año comenzaba la novena de Nuestra Señora de los Pobres, imagen muy famosa y de gran devoción, de quien dicen las crónicas que le habló fray Juan Bautista Alvarez de Toledo, siendo ya Obispo. Don Agustín Mencos Franco, en sus Crónicas cuenta que la metieron a la cárcel en la Antigua Guatemala.

La festividad hoy ha venido a menos, aunque no le faltan devotos, pues la imagen es muy bella. Aún quedan vestiduras y corona, recuerdo de mejores tiempos. Cuentan que estando en su fiesta, por la noche los ladrones se robaron la mejor corona que tuvo.

Durante la novena, desfilaban por el púlpito los mejores oradores. El segundo domingo de enero, la fiesta con tres días de jubileo. En el primero, la misa solemne a las nueve de la mañana, con gran orquesta y panegírico, y por la tarde, después de cubrir, la procesión por el atrio. El último día terminaba con una visita de altares, también con orquesta.

Recuerdo que la víspera repartían a los pobres ropa, de unas panaderías mandaban grandes canastos de panes, de esos que aquí les llaman pirujos, como de una tercia de largo, y también los regalaban. ¡Yo comí de esos sabrosos y tostados panes!

Al día siguiente llegaba don José María Romero, altarero de fama, a cambiar las vestiduras de la imagen, con gran aparato, sobre una alfombra. Yo muy atento, dándole los alfileres y viendo lo que le iba poniendo, mientras que yo estaba convertido todo en ojos...

El cinco de febrero, la fiesta de San Felipe de Jesús, con tres días de Jubileo Circular. Seguía del siete al catorce, con jubileo propio, la Huída a Egipto, fiesta que atraía muchísima gente, especialmente a los niños.

A los lados del altar mayor levantaban dos tablados que adornaban con izotes y ramas de pimientos, poniendo al fondo peñascos que parecían de Nacimiento. El primer día amanecía la Virgen cargando al niño, montada sobre la burrita, y San José halando las riendas; un ángel con una sombrilla, se suponía que les cubría de sol. El segundo día, un descanso en el camino. La Virgen sentada bajo un árbol cosiendo la ropa y un angel ayudándola; San José acostado en un petate, tapado con un poncho, y los ángeles cuidando al niño. El tercer día, la Virgen



cocinando y San José cargando al Niño. El día cuarto, la Virgen lavando a la orilla de un gran río, San José tendiendo la ropa y los ángeles cuidando al Niño. El quinto, bajo un manteado amarrado a los árboles, la escena representaba a la Virgen y San José, con el niño en sus rodillas, comiendo en una mesa y los ángeles sirviéndoles. Para ese día, preparaban un pollito o paloma guisada, un pastel, frutas, pan y tortillas, además de otras cosas, pero todo en miniatura. Al quitarlo se llevaba al convento para los frailes. El sexto día, saliendo de un rancho, ya el niño, de siete años, venía en medio de la Virgen y San José, con sombreros como de caminantes, de regreso de Egipto; delante de ellos, un ángel con una escoba barriendo y otro con una regadera regándoles el camino. El séptimo y último, la casa de Nazareth, la Virgen con la rueca hilando, San José trabajando de carpintero en el banco, con las herramientas de su oficio, y el niño ayudándole.

Los cambios de escenario se hacían al terminar el rezo por la noche. Ya tenían preparadas todas las cosas en la sacristía la hermana sacristana, que así llamaban a la hermana Magdalena, y la hermana ministra, que era doña María Teresa de Manrique, un modelo de terciaria, ¡una Santa! Muchos de los que lean estas líneas, tal vez lo recordarán.

Yo me sentía en mis glorias —como siempre me ha gustado todo eso—; me quedaba para ayudarlas subiendo al tablado y poniendo lo que ellas me mandaban, con lo que adquirí cierto prestigio y me trataban cariñosamente llevándome con frecuencia frutas, dulces y, algunas veces, regalándome monedas de cinco pesos. Lo triste era el llegar tarde a la casa, temblando de pena y mintiendo, pues decía que el padre me había mandado a ayudarles para arreglar los cambios, cuando ni siquiera lo había visto... Si lo creían o no, no lo sé, pero no me decían nada, y a comer tranquilo...

Los objetos de cada día estaban en petacas numeradas con mucho orden. De todo eso casi nada existe. En el museo que han puesto en San Francisco, vi el niño que representa los siete años, y la burrita. En una casa encontré hace tiempo a la Virgen, San José y el niño... la señora me contó que cada año se los llevan en visita, recaudando... sólo Dios sabe para qué. Las demás cosas, todas hechas con gran cariño, lamentablemente han desaparecido... ¡Hay de nuestras costumbres y tradiciones con tanto enemigo!

Cuando comenzaba la Cuaresma se sentía un gran cambio. Todos los días, pero con más solemnidad los miércoles, viernes y domingos, a las seis de la tarde, salía uno de los frailes para rezar el Vía Crucis.

Me revestía con sotana, roquete y un paño de hombros morado, para llevar el Lignum Crucis, que es una Cruz de Plata cincelada que tiene en el centro un fragmento de la verdadera Cruz donde murió Cristo. Me acompañaban otros dos acólitos a los lados portando los ciriales. Parábamos en cada estación, mientras el padre rezaba. Cada vez que yo hacía ésto me sentía feliz y las señoras piadosas que asistían me hacían elogios, porque lo hacía muy bien y con mucha piedad, según decían.

Y repito, lo triste de todo era la llegada a la casa con su respectivo regaño, las consabidas mentiras y la amenaza de ir a preguntarle al padre si todo era cierto o no. Eso sí me dejaba preocupado, pero la verdad es que nunca averiguaron.

La Semana Santa, con la solemnidad que entonces tenía. Yo no salía de San Francisco, parecía ser el sacristán, preparando todo para las ceremonias y las andas para el Viernes Santo. ¡Cómo recuerdo aquel descendimiento! Al finalizar los oficios de Viernes Santo, se ponía un telón negro, se preparaba la imagen del Señor Sepultado sobre una mesa larga; en el presbiterio, se sembraba la gran Cruz y como a las once llegaba un fraile con roquete y estola para ungir la imagen con perfumes y bálsamo que llevaban algunas personas piadosas. Luego lo crucificaban, alrededor se ponían las andas con la Virgen de Soledad, San Juan y Santa María Magdalena y, con seis cirios de cera sin blanquear, quedaba hasta las tres de la tarde.

A esa hora comenzaba el sermón, casi siempre, elocuentísimo. La Iglesia, con ser tan grande, no era suficiente para el número de personas que llegaban, y cuando el sermón se acercaba a su fin, la mayoría lloraba. Se escuchaban sollozos que, por el número, parecía como si todos sin excepción lloraran.

El orador decía: "Subid piadosos varones y bajad al Señor..." Dos hombres con túnica y capirotos negros, llevando atravesadas en el pecho

las sábanas blancas con que lo bajarían, comenzaban a la voz del predicador a sacar el clavo de la mano derecha, después el de la izquierda y luego el de los pies. Entonces decía: "Mostrad ese cuerpo herido y ensangrentado a esa Madre dolorida." Y ponían a la imagen de la Virgen frente al Señor. Ya en ese momento no eran sollozos, sino un verdadero llanto y, entonces, se cantaba el perdón a gritos.

Lo llevaban a la mesa, lo vestían con su alba blanca —no con colores fuertes como se acostumbra hoy, por eso les llamaban albas, que quiere decir: blancas. Lo colocaban en la urna y se iniciaba la procesión por el atrio.

Al siguiente día el pésame a la Virgen. Por la mañana los oficios del día y canto del Gloria. El domingo una misa cantada con procesión del Santísimo. Y, pasada la Semana Santa, únicamente quedaba esperar el mes de María, en mayo. El segundo domingo, la fiesta de la Hermandad de la Inmaculada con su misa solemne, jubileo y su procesión.

Junio, el mes del Corazón de Jesús. El día 29 la fiesta de San Pedro y San Pablo. El Corpus Christi: a las nueve de la mañana la misa con ministros y orquesta; al finalizar, la visita de altares, muy bellamente arreglados cada uno por una de las asociaciones que ahí había; jubileo y por la tarde el rezo y se repetía la visita de los altares.

En octubre, la fiesta del titular. La víspera llevaban a Santo Domingo para la costumbre del Abrazo. El día cuatro, a las siete, comunión de las dos Terceras Ordenes: dominica y franciscana. A las nueve la misa solemne celebrada por un dominico así como el sermón; ese día se trasladaba a San Francisco toda la comunidad dominica, haciéndose a la inversa cuando se celebraba a Santo Domingo, el cuatro de agosto.

Un domingo cuatro de marzo, no estoy muy seguro si en 1927, fue la bendición de la Capilla de Nuestra Señora de los Pobres, totalmente restaurada y terminada, por lo que ya fui muy poco a San Francisco.

Me encontré un día en la calle a la ministra y me preguntó el porqué ya no iba a San Francisco. "Nos hace mucha falta" —me dijo— pero ya no tenía tiempo, pues mi maestro vivía en la novena avenida y callejón de Santa Teresa, quedándome muy a trasmano. Fui más frecuentemente a las Beatas de Belén, así conocida, aunque su

verdadero nombre es: Nuestra Señora de Belén, cuya imagen ocupaba el altar mayor, y al Calvario.

De las Beatas era capellán el padre José Luis Montenegro y Flores, a quien todos llamaban el Padre Montenegrito, para diferenciarlo del canónigo magistral de la Catedral y rector de la Iglesia de Guadalupe, padre José Angel Montenegro y Castilla.

Montenegrito también fue canónigo, el maestrescuela, y una ocasión en que no hubo arzobispo, fue el Gobernador de la Mitra, demostrando gran prudencia y acierto. Era de estatura menor que el otro, lo que le valió el diminutivo. También le decían el Padre Pistillos, muy injustamente, pues aunque de familia pudiente, fue muy desprendido y obsequioso. Pregunté muchas veces la razón del mote y decían que en cierta ocasión preguntó a una persona: "¿Qué tal de pistillo?" Les hizo gracia y comenzaron a llamarle así, como dije, injustamente. Conocí a otros a quienes les hubiera venido más ajustada la palabra.

En su tiempo, fue la época de oro de las Beatas de Belén. Todos los días, sin faltar uno solo, decía su misa a las ocho de la mañana y a esa hora se rezaba meses, novenas, triduos o misas cantadas por él; a otra hora llegaba otro sacerdote. Hacía las fiestas con gran solemnidad, siguiendo las costumbres y el gusto del verdadero pueblo. A otros en cambio nada les gusta y viven obsesionados por acabar con todo y lo han conseguido, sustituyendo todo eso que le gusta al pueblo con el mundanismo; así, en vez de procesión, playa con sus inmoralidades, etc. Disculpo algo a los extranjeros, que tienen otras costumbres, desde niños, aunque el sabio refrán dice: "A la tierra que fueres, haz lo que vieres." ¡Pero cuando se trata de los nuestros, nacidos tal vez en un pueblecito insignificante, viendo cada cosa que crispa los nervios y que, después sólo por darse aires que no les corresponden, con todo y su dignidad sacerdotal, mueven a risa los pobres!

Pero en fin, sigo con el padre Montenegrito. A él se debe que estén ahí las imágenes de Santa Marta, Santa Teresita del Niño Jesús y el Cristo de Limpias, todas obras del escultor don Antonio Montúfar, que tenía su taller en la doce calle entre octava y novena avenidas, de quien fue muy buen cliente.

En el mes de enero, dejando adornado el nacimiento, hacía la

novena de la titular, Nuestra Señora de Belén; solamente la sentaban en medio, pues así se la representa. Y el último domingo, la solemnidad con Jubileo Circular, que así se acostumbraba en todos los templos. Pero cuando hicieron esos arreglos que, más bien han sido desarreglos, ya no fue así, con excepción de San Sebastián, que sí tenía el suficiente  **cuello** de no cumplir la disposición. Y no repito el programa de la fiesta, que más o menos era como todas. Otra de las fiestas que fueron muy solemnes: San Cayetano el siete de agosto, la Natividad del Señor, con sus Posadas, la Natividad de Nuestra Señora, que la anticipaba dos días, pues el Jubileo Circular tenía que estar el ocho de septiembre en Santa Catalina, de donde fue patrona del Monasterio.

Pero superaba a todas la de los Dolores Internos del Corazón de Jesús, el 25 de agosto, por voluntad del mismísimo Divino Corazón, revelada a la Madre Encarnación Rosal, reformadora de las monjas belemitas, hoy en proceso de canonización, pero no por esfuerzo de esas **hojalatas** de sus compatriotas, pues la mayoría de guatemaltecos ni siquiera saben que existió y mucho menos su historia. Son los colombianos, en cuya tierra está enterrada incorrupta. Aunque murió en el Ecuador y no por su gusto, sino por causa de don Rufino Barrios, que la sacó de su Patria, aunque fue Dios que lo dispuso, para regar la semilla de la Orden de Belén por todas partes. Así como un capricho de un César hizo nacer en Belén de Judá al Niño Jesús, para que se cumplieran las profecías.

Todos los días 25 de cada mes había jubileo propio, misa solemne, horas cantadas y, por la tarde, el Rosario antes de cubrir. Todo con cantora especial que entonaba unos alabados muy lindos, que desde que el Padre Montenegro dejó las Beatas, no los volví a escuchar.

El 25 de julio comenzaba el mes como preparación a la fiesta que él estableció, pues antes fue sólo Novena que la compuso la misma madre Encarnación. Para entonces adornaban la Iglesia por dentro y por fuera, la iluminaban y se hacía todo lo solemne y bello que era posible. En ese mes sí ponía en el altar mayor la imagen del Corazón de Jesús, pues permanecía el resto del año en su capilla, porque como ya dije, la titular es Nuestra Señora de Belén.

Después, no se quién la cambió y ocupó la capilla. Ahora se vino otro cambio de la capilla al último altar, en donde estaba Jesús

Nazareno. Ojalá que en el próximo que hagan no la manden al Parque Gálvez, que se encuentra enfrente... ¡Lo que hace el que ya no se respete nada!

Pues bien, por la tarde de ese día, antes de cubrir, se hacía la procesión del Santísimo Sacramento, llevando adelante, en anda, la pequeña imagen del Corazón de Jesús, que decían la tuvo en su celda la madre Encarnación, llevada en hombros por los niños que ese día por la mañana habían hecho su primera comunión, pues para esa fecha se preparaba a todos los niños del barrio, decía el padre que para desagaviar al Divino Corazón. Luego los subía al presbiterio y de rodillas, todos colocados en forma circular, después del **Tantum Ergo**, se volvía al pueblo y relataba todos los años la historia de la Aparición contando los años que tenía de establecida la fiesta, por lo cual todos los vecinos lo sabemos. Fue el padre Montenegro un verdadero apóstol de esa devoción.

Hago memoria de las fiestas más solemnes, pues como ya dije anteriormente, las celebraba casi todas.

Pero un día lo nombraron Obispo de Cobán, sustituyéndolo el padre Juan Weber, alemán de origen, quien como hombre inteligente, siguió celebrando todo igual. Siempre preguntaba cómo se acostumbraba hacer cada cosa, porque de esa manera se tenía que hacer. Hasta que, con motivo de la guerra, lo deportaron y comenzó el calvario para las Beatas de Belén

Ahora la mayoría de cosas ya no existen. He preguntado por una infinidad de ellas y nadie sabe nada, pero el caso es que no están. En un cuarto de la Merced, vi a San Gabriel Arcángel que estuvo en la puerta de costado, donde hoy está el Señor de Limpias. Ni su gran tamaño le valió para que no lo vendieran. Un San Cayetano que siempre estuvo adelante del cancel, que medía como un metro y que cuando era la fiesta le ponían su diadema y demás insignias de plata repujadas, lo quitaron los padres Maryknoll, para sacarlo por la puerta de atrás... ¡Pues ya no está! La imagen de la Niña tenía corona y cetro de oro, pero ahora ni saben que existió.

Cuando estuvieron ahí las monjas, quitaron los altares de la Sagrada Familia y de la Purificación, para ivenderlos! En una casa me sacaron al anciano Simón para que lo pusiera de pastor en el nacimiento

y en el acto lo reconocí. También faltan ángeles, la Virgen de la Encarnación, un Sepultado como de un metro, San Joaquín y Santa Ana, etc. La Virgen Patrona tenía otra corona y resplandor el niño, que se los ponían sólo para la fiesta. San Cayetano, diadema, cruz y corazón, todo de plata, que los usaba también sólo para su fiesta. Jesús Nazareno, corona de espinas de plata. La Virgen de la Maternidad, las doce estrellas de plata. De todo eso nada existe...

Después del terremoto último, fui a adornar al Sagrado Corazón para su fiesta y buscando un pedazo de regla, el encargado me dijo: "Vamos a ver si le encuentro alguna, porque aquí no hay nada..." Y me entró a la casa y cuál fue mi asombro cuando vi y me dijo que las monjas se habían llevado todo. La casa daba tristeza, estaba como cuando un inquilino desocupa una casa, completamente sin nada vivía totalmente! Lo único que había en un cuarto era un Misterio de pasta, de ésos que hacen ahora por cientos o miles, que me dijo: "No sé por qué no se lo llevaron también..." Pero yo pensé: "¡Pues porque no vale nada!"

Hace poco, los ladrones descarados se robaron varias cosas, de lo poco que han dejado los ladrones con cara.

Muchas veces he pensado que fue una verdadera lástima que el padre Montenegro, en vez de Cobán, no lo hicieran Arzobispo de Guatemala. Pruebas de acierto y prudencia las dio cuando fue Gobernador de la Mitra.

## 11

Ahora, una vueltecita por la que fue mi Parroquia: El Calvario. En ese tiempo el párroco era el padre Gabriel Solares, que estaba en la plenitud de la vida, y fue la época inolvidable del Calvario. Poco vi, pues vivía en el Guarda Viejo. Muy pequeño me llevaron a ver un Corpus solemnísimo. En la procesión llevaban muchas imágenes en andas; la de San José con banda de música, la Inmaculada Concepción con otra banda, el Sagrado Corazón de Jesús con otra y finalmente, el Santísimo Sacramento en un anda de cuatro brazos, llevada por sacerdotes con dalmáticas doradas bajo palio, en la Custodia grande, con otra banda más numerosa. ¡No he visto otro Corpus igual! En

crónicas españolas he leído que sacan imágenes en andas, por ejemplo en Cádiz, que sacan a San Servando el patrón, de último, solamente antes del Santísimo, pero yo no lo he visto.

El lunes santo se hacía una velación muy solemne por la noche y recuerdo que el altar representaba la Crucifixión. Estaba la imagen de Jesús a la que le llamaban El Divino Redentor (hoy le dicen Justo Juez) en el centro y unos sayones desvestiéndole; la Cruz en el suelo, tal y como se mira en algunos cuadros. Todo el templo muy adornado y profusamente iluminado, mientras una gran multitud de gente entraba y salía.

Me llamó la atención un nazareno grande que estaba sobre una mesa, cerca de la puerta mayor. Vestía una túnica gris un poco corta y en lugar de cordón tenía una cadena enrollada en el pecho y la cintura. Con el tiempo supe que el padre Solares —su propietario— lo regaló a la iglesia de Santa Marta, donde aún se encuentra. El fue quien construyó esa iglesia y también regaló la imagen de la patrona Santa Marta. ¡Lástima que ni siquiera ahí mismo tienen una palabra de recuerdo a su memoria!... ¡Ah, humanidad tan ingrata!

Después de la Semana Santa, el viernes de Pascua, la grandiosa festividad de Nuestra Señora de la Piedad. La ponían en el medio del altar mayor, el cual junto con todo el templo estaba extraordinariamente adornado. La misa mayor —como se decía— con numerosísima orquesta; antes del evangelio cantaban el **Stabat Mater** de Rossini. Predicaba el padre Montenegro y terminaba la ceremonia después de la una de la tarde. El templo totalmente abarrotado.

A las tres de la tarde principiaba el ejercicio de las tres horas, que también lo hacía el padre Montenegro, con gran orquesta. A las seis terminaba y comenzaba el rezo para cubrir al Santísimo, cantándose otra vez el **Stabat Mater**. Todo como si fuese Viernes de Dolores, ¡que solemnidades! Qué distinto cuando los músicos eran solo artistas, sin mezcla de comerciantes como ahora... y los sacerdotes, ¡piadosos, sólo sacerdotes!

Otra vez que me llevaban era el 18 de diciembre, para la fiesta de la Virgen de la O. A las cuatro salía el rezado, fuera el día que fuera; en solemnidad y concurrencia competía y a veces superaba al rezado de Guadalupe. Salía por la 18 calle, doblando la tercera avenida,

luego la catorce calle y pasando la 12 avenida, entraba al campamento de Gerona, donde subía al máximo el recibimiento y homenaje de la gente; había loas, desafíos, arcos, escupidores, bombas, cohetes, pino, etc., todo con gran profusión y cantidad. En el final del callejón del Administrador levantaban un gran trono (así llamaban a los altares que construían en medio de la calle) donde ponían el anda, mientras los músicos cantaban un motete y, al final, quemaban gran cantidad de cohetes y bombas. De ahí, hasta la once avenida o la novena, según donde cruzaría el rezado, atravesaban flecos de papel de china de una casa a otra y bombillas de luz, pero en enorme cantidad, y pino en el suelo. Como cosa rara, todos los vecinos se ponían de acuerdo en eso. Cuando cruzaba en la once avenida doblaba la 16 calle, donde vivía una señora a quien llamaban "la niña María Pasodoble", que fue muy devota de esa Virgen, decían que porque ese día cumplía años. Echaba la casa por la ventana; ponía un letrero con bombillas de luz que decía: "VIVA MARIA DE LA O". Ponía orquesta y cantores, adornaba el frente de su casa, regaba mucho pino y quemaba gran cantidad de cohetes y bombas. Después que pasaba la Virgen se quedaban festejando a la cumpleaños. El rezado entraba a la Iglesia después de la media noche.

Al padre Solares lo sustituyó el padre Juan Lemus, quien continuó permitiendo todas las fiestas, porque ya estaban establecidas las congregaciones, quienes se encargaban de que todo se hiciera.

Por ese tiempo fue cuando me trasladaron a casa de mi padre y pude ver aquel solemne mes de María. Como el padre Solares se llevó las imágenes del Corazón de Jesús y la Inmaculada Concepción, pues eran de su propiedad, fue una comisión de cada una de las dos asociaciones para pedirle que se las vendiera, a lo que él les respondió que mientras viviera, no se separaría de ellas, ¡y así fué!

Las hijas de María adquirieron una imagen antigua que fue de unas monjas y es la Inmaculada que actualmente está en la Parroquia. Como los fondos económicos de ellas no eran suficientes, el párroco, de su

propio peculio, les dio lo que faltaba, haciéndose pago con la media luna de plata y las vestiduras que llevaba puestas, las que compró un anticuario de apellido Kelly. La media luna la conservó el padre y, a su muerte, quién sabe donde fue a parar.

La Asociación del Corazón de Jesús, que tenía el feo nombre de Damas y Amigos del Sagrado Corazón, encomendó a los escultores Raymundo Viemann y Manuel Barillas Castilla, la que está actualmente, pidiéndole que copiaran la del padre Solares; no salió así, pero es bella.

Y los cultos continuaron a todo vapor; por la mañana, a las seis, y por la tarde también a las seis, con seis músicos y las tres señoritas que cantaban: las hermanas Marta y Emilia Véliz y Berta Barrios. El templo se llenaba en cada función, exponían al Santísimo y después que cubrían, todas las noches, la procesión en el interior, con gran concurrencia.

La fiesta en el barrio parecía de un día de precepto, pues muchos negocios no los abrían, para poder asistir a todas las funciones. Los grandes adornos los ponían por la noche, así que en el rezo de la víspera estaba el adorno del mes y al día siguiente, amanecía adornado el altar-anda-cortinaje, las ventanas limpias, las bancas barnizadas, todo el barandal de las gradas con mástiles con festón de encino y banderas. Regado el pino en el interior y el graderío. La gran concurrencia ese día comulgaba. Para más orden, distribuían la comunión a lo largo del templo, del presbiterio hasta el cancel de la puerta mayor, dando de recuerdo una estampita con una impresión en el reverso; aún conservo algunas.

Al padre Lemus lo sustituyó el padre Pedro Gentart. Todo continuó como de costumbre, pero como él era catalán, no le gustó que en el Rosario pusieran música de fondo y la prohibió. — ¡Ahí comenzó la poda al esplendor del Culto! Fue a él que le tocó el traslado al nuevo templo. Habían dicho que se quedaría el Calvario en servicio, por lo que hasta el nombre le pusieron en el arco de la puerta: "PARROQUIA R DE LOS REMEDIOS" (la R quiere decir Rectoral). Y sólo pasarían al centro la Virgen de los Remedios, en el crucero derecho a Nuestra Señora de la Piedad, en el izquierdo el Calvario, bajo el Coro la Inmaculada y San Antonio; por eso el decorador Aranda Klée pintó ahí en un óvalo azul celeste la corona de las doce estrellas y

en el otro, sobre fondo café, una azucena (después llegó un brocha gorda a arruinar muchas pinturas...) En el final de la nave derecha, el Corazón de Jesús, y en la de la izquierda, San José. El altar de San José. El altar de San José lo obsequió la señorita Rosaura Paiz, para que ahora ande la imagen en un cajón arruinándose con el humo y la tentadera de los ignorantes... En fin, a última hora dijeron que no, pues se habló de cambio y había que pasarlas a todas y frente al bautisterio pusieron al Sepultado con la Virgen, San Juan y Santa María Magdalena; y a poner repisas de cemento para algunas imágenes y otras a arrinconarlas donde se pudiera. Así se olvidó a la Virgen de la O. A la del Rosario, que se tenía como segunda patrona, con capilla propia, sólo se le ve en el mes de octubre y por eso desapareció la chispa de plata que la rodeaba. La peana sí la tiene la de los remedios, en el altar, debajo de la de ella.

Después un encargado o presidente de la Hermandad del Señor Sepultado, con cantos de sirena, logró autorización de un párroco para cambiar de lugar al Sepultado con la Virgen de la Piedad, quitándole, dicen que para venderla, la Cruz que tenía detrás, pues ella aparecía sentada al pie.

Naturalmente que ya en el nuevo templo se acabaron los adornos y muchas costumbres, abriéndose las puertas de par en par al modernismo... Hasta que fue párroco Monseñor Mateo D. Perrone y Cabrera, se volvió a ver una cuaresma solemne. El entonces presidente de la Hermandad, don Carlos Díaz Pérez, logró de el permiso para poner los altares de los viernes de diferente forma cada semana. Se cubría el altar mayor y a la orilla del prebiterio se arreglaban. Se mostraba muy entusiasmado. De la Antigua, el padre José Girón Perrone (en ese tiempo aún no era monseñor) un telón pintado de los que allá acostumbraban, para poner la Oración en el Huerto. Pusieron las garruchas en la bóveda del techo para poner cortinas, que por fortuna, aún se usan.

Ese año se celebraron varias fiestas como se acostumbraba en tiempos lejanos. Tuvo gran solemnidad el Viernes de la Piedad, que por cierto, fue la última vez que se celebró. Se colocó la imagen en el centro y una cantidad de palomas revoloteando alrededor de la imagen y la cruz. El cortinaje fue de verde claro y oscuro, colgando cordones

dorados, y delante de cada pilastra, un ángel. Fueron tres las misas solemnes con orquesta, a las ocho, a las nueve la principal con el sermón y el **Stabat Mater**, y a las doce. El resto del día horas cantadas hasta las diez de la noche, porque pedía mucha gente una de las horas. En el rosario de las seis de la tarde se repitió el **Stabat Mater**, como en sus buenos tiempos.

A la imagen del Señor se le ponía ese día el resplandor que es de la Virgen de Dolores tallada, que fue la patrona del Calvario en la Antigua, antes del traslado de la capital. De ella también es la espada de plata que hoy le ponen a la Virgen de Soledad el Viernes Santo que parece la tiene inventariada la Hermandad, no siendo de ellos. Aclaro esto, porque yo soy el de la culpa... Un año se me ocurrió ponérsela y se volvió costumbre, porque las de la Hermandad ni siquiera sabían que existía...

El rezado salió el día 18 de diciembre a las cinco de la tarde, entrando a las diez de la noche, con la imagen de nuestra Señora de la O. Fue la última vez que salió. Antes la había restaurado un escultor que no oía ni hablaba, se llamó Juan M. Vega. Salieron varios ángeles en andas y se hizo parte de su antiguo recorrido. Todo estuvo muy solemne y concurrido, así como la misa a las nueve de la mañana y el jubileo. Natural era que Monseñor lo permitiera, pues él se formó viendo estas cosas. Pero, el señor Díaz Pérez se retiró y ya no se continuó haciéndolas.

Pasó mucho tiempo y un amigo me designó como testigo de su matrimonio. Cuando me tocó el turno, entré al despacho de monseñor Perrone para la declaratoria. Con la seriedad que le caracterizó, ni levantó la vista y me preguntó con energía: ¿Sabe qué es jurar...? "¡Sí!" -le contesté-, dándole la definición que el padre Ripalda puso en su Catecismo. "Muy bien, ahora ante la Imagen del Santo Cristo jure decir la verdad y sólo la verdad..." El que no estuviera seguro o dispuesto a mentir, con la forma en que lo hacía, estoy seguro que lo anonadaba.

Al final me dijo: "Firme allí..." Se quedó viendo mi firma y levantando por fin los ojos, me dijo: "Pero... ¡Si es Ramiro! Con razón la voz me pareció conocida..." Y muy amablemente comenzó a preguntarme por mi vida, mi salud, etc. y me contó algo que me parece

de interés para algunos.

En tiempo de la administración del general José María Orellana, llegaban a la Curia numerosos rumores de que el Gobierno estaba planeando otro saqueo a la Iglesia al estilo de Barrios, etc. En una de las reuniones que el Cabildo tenía, se trató el asunto, estando la mayoría de canónigos de acuerdo en que se pusiera a salvo las cosas de valor, pero él se opuso diciendo que eso estaba hecho para el servicio del culto divino y si se lo robaban, allá los ladrones con su conciencia ante Dios. En la reunión siguiente, los canónigos José Ángel Montenegro y Herlindo García solamente anunciaron que, aunque algunos no quisieran, ya lo más valioso estaba a salvo, y punto.

Pasó mucho tiempo y un día llegó al Palacio Arzobispal un anciano que le dijo: "Señor, yo soy albañil, y en tal época, bajé a las bóvedas con los padres Ángel Montenegro y Herlindo García a enterrar en un sepulcro vasos sagrados y otros objetos. Yo juré no revelarlo, pero ya los padres murieron y yo, siento que me queda muy poca vida y conmigo se irá el secreto al sepulcro, por eso se lo digo..." "Y usted, ¿recordará dónde fue?" le contestó. "Bajando tal vez sí, le dijo." "Pues vamos..." Y bajaron. Al final se paró frente a uno y le dijo: "Este creo que fue." Mandó traer un albañil de los que trabajaban en la Catedral y rompió el sepulcro, encontrándose con que ahí estaba la custodia, cáliz y patena de oro que se usa el día de Corpus, así como otras tantas cosas de valor. El viejecito, por cierto, me dijo, era feligrés de esta Parroquia.

### 13

Pero, dejemos tranquila ya a la Parroquia de Los Remedios y demos una vueltecita por la Catedral...

Mi primer recuerdo: un día de Corpus. Le pidieron a un hermano de mi padre, por cierto no muy piadoso, que me llevara al Corpus. Nos fuimos. Yo feliz, él, creo que no mucho, pero en fin, cuando llegamos, la multitud de ventas en el frente. Debe de haber sido recién pasado el terremoto, porque la Catedral estaba cerrada, el atrio lleno de las piedras de las torres y frontispicio. Las ceremonias los hicieron, me

imagino, en la Capilla del Palacio Arzobispal y los cuatro altares repartidos en los corredores.

Había una concurrencia enorme y nos costó pasar el zaguán. En el tope del primer corredor, donde hoy está la Cancillería, estaba un altar donde había una Santísima Trinidad grande, vestida de tela. Sentía que los ojos se me salían de las órbitas para verlo, pero por lo difícil de la entrada, el tío algo enojado me dijo: "Regresemos..." Sintiéndome defraudado lo seguí. Ya de vuelta pensé que si hubiese sido mi madre o una de mis tías, les armo el berrinche del siglo para entrar a ver los otros... Qué bien dicen que el frío sabe donde se arrima. Así que mi primer recuerdo tiene la mitad grato y la otra, no...

Tiempo después confirmaban a un primo y entramos ya a la Catedral, toda llena de andamios; llegamos hasta la Capilla de la Virgen del Socorro y ahí fue la ceremonia. Pasado un tiempo, reparadas las naves hasta donde comenzaba el crucero, pusieron allí tres tabiques del alto de la bóveda; los laterales tenían unas puertas pequeñas para pasar, por una, a la Capilla del Socorro, donde se celebraba la misa todos los días y la Salve tan solemne de los sábados a las cuatro de la tarde; y por la otra, a la sacristía. En el de en medio pusieron el docel del trono arzobispal que servía de altar mayor; ahí exponían al Santísimo y el Corpus ya fue más solemne; lo celebraba el padre Montenegrito. Los altares los arreglaban muy bonitos, con el Sagrado Corazón, San José, San Pedro y San Francisco de Paula.

El Sagrario estaba separado de la Catedral; las puertas de comunicación, cerradas. Tenía aparte su sacristía con su sacristán, ornamentos, ciriales y todo cuanto se necesitara. El párroco vivía en la casa de la esquina de la 8a. Calle y 8a. avenida; se entraba por la puerta que da al atrio de la 8a. calle y tenía su culto así como el jubileo circular, por separado; pero me imagino que esto fue después del terremoto, por la falta de templos, y ahí llegaban no sé si los de la Concepción o los del Carmen, pues en un pedestal al lado del altar de plata estaba la imagen patrona del Carmen, hasta la restauración de su templo.

Un domingo 15 de julio -no estoy muy seguro si de 1925- salió esta imagen en una gran procesión con todas las hermandades de la capital, con sus estandartes y divisas, para retornar a su templo ya

restaurado. El anda estaba llena de lirios artificiales y sobre ellos volaban cuatro ángeles que cargaban una torrecita tallada color plata, con el escudo del Carmen en el frente y sobre ella la imagen de la Virgen. Me pareció obra de don Gerardo Soto, quien fue un genio para eso. El párroco era el padre Jorge García y Caballeros, quien más tarde fue el primer obispo de los Altos.

La Catedral era administrada por un sacerdote nombrado por el Cabildo Catedralicio, a quien le llamaban el padre Sacristán Mayor y con él se arreglaba todo lo concerniente a ella. Recuerdo al padre Víctor Tello Avila, joven recién venido del Pío Latino de Roma, donde fue ordenado.

El padre sacristán, así como el Vicario General vivía en el Palacio Arzobispal, hasta que llegó Monseñor Mariano Rossell y Arellano, a quien no le gustaba vivir con ninguno.

La parte trasera, 8a. avenida y 6a. calle, tercer patio, estaba destinada para el personal de empleados: el sacristán con su familia, que en ese tiempo era don Angel Barreda, quien con don José Garrido, sacristán de la Merced, eran los ases del oficio. Qué modelo de hombres. Hasta las dignidades eclesiásticas los trataban de "don" y con respeto, lo que merecían muy bien.

Los campaneros, ¿quien de aquel tiempo no recuerda al famoso Pipo de Catedral? Su nombre era Benedicto, pero muy pocos lo sabían; para la generalidad era "el Pipo" a secas... Un hombre enano, deforme, que se ponía furioso cuando lo llamaban por el mote. Todos los patojos para fastidiarlo se lo gritaban, exponiéndose a las consecuencias, pues tenía puntería para tirar las piedras y rarísima vez fallaba. En varias ocasiones la policía se lo llevó por haber herido a alguien, pero luego lo soltaban; porque si no lo molestaban, era inofensivo y de muy pocas palabras.

El Quiasimodo de nuestra Catedral, ¡que tocaba las campanas admirablemente! En ese tiempo había que saber tocarlas, pues eran muchas las formas usadas para llamar a los fieles, según la función. Por ellas sabían todos lo que había. De las que recuerdo: llamada a Misa: si era cantada, de otro modo; si había sermón, el toque era distinto; vía crucis; rogativa; junta de canónigos; ángelus; la Salve de la Virgen del Socorro llamada ésta que, por la forma en que se oía la gente la llamada

el "pan-ta-looon". Algunos extranjeros escribieron que Guatemala era un pueblo que se regía por las campanas. Cuando el Pipo murió, casi todos los periódicos lo publicaron y algunos con fotografías y grandes elogios, más que a muchos literatos, artistas y grandes figuras de la sociedad. Qué verdad cuando dicen que para ser buena gente, el mejor remedio es morirse.

Ahí vivía la servidumbre, que en ese tiempo era numerosa. La gran cocina donde preparaban la comida para todos, hasta para el cuerpo de acólitos, pues al arzobispo Monseñor Luis Durou y Sure no le gustaba que quien en algo servía en la Catedral, saliera sin comer, ni que fueran a cafeterías y comedores de la calle. ¡Quién de los que ahí fueron no recuerda a la Chana, la cocinera...!

El señor Durou fue un gran arzobispo, dicho hasta por los enemigos de la Iglesia. Tuvo actuaciones que revelaron aquella alma extraordinaria y sencilla. Para muestra van dos. Estando en visita de pueblos, no recuerdo por el momento cuál fue, les prepararon lo mejor que fue posible para que durmieran aunque con mucha pobreza; a él le destinaron una cama de cajeta. En la madrugada oyeron todos un gran estruendo y se levantaron para ver qué había pasado, encontrándose con que la cama se le había desfundado al arzobispo y él estaba en el suelo. Naturalmente que todos le ofrecieron la suya, pero les contestó que se fueran a acostar y que descansaran, pues al día siguiente había mucho trabajo; que él dormía igual en alto que en el suelo... ¡Y así amaneció todo un arzobispo de Guatemala! Si no estoy equivocado, testigo de esto fue el Obispo Auxiliar Monseñor Rafael González Estrada, en ese tiempo seminarista que iba en la comitiva.

Debo decir que **visitas pastorales** como las que él hizo, no hemos vuelto a ver en el arzobispado...

La otra anécdota. Un sacerdote, ya difunto y cuyo nombre no viene al caso, cometió una grave falta. Los enemigos de la Iglesia, ¡felices explotando aquello! Como si toda la Iglesia fuese un mal sacerdote... Don Federico Hernández de León, gran periodista y dueño de **Nuestro Diario**, quien en la intimidad de su casa contara el hecho, siempre se manifestó enemigo de la religión católica, así que aprovechó aquello para escribir una serie de artículos terribles.

Un día, estando en su oficina, le avisaron que el arzobispo



solicitaba verlo. A pesar de todo se puso nervioso y dijo que lo recibiría. Cuando entró el arzobispo, se le puso de rodillas y le dijo suplicante: "Don Federico, de aquí no me levanto hasta que me prometa que ya no atacará más al clero... piense en el escándalo que está produciendo en las almas sencillas..." Cuando don Federico refería esto, decía que en toda su vida nunca se sintió tan **nada** (él decía otra palabra, que no se debe escribir) y temblando le contestó: "Levántese por favor señor, lo que quiera le prometo... pero, levántese por favor." Y con esa humillación, todo un señor arzobispo, trocó a un enemigo en un gran admirador.

Las fiestas en la Catedral tenían un gran esplendor, que ahora añoramos. Aquellas fiestas del Corpus con toda la Octava, que hizo decir al padre Iriarte, recién venido a Guatemala, que lo hacían sentirse como en aquellas grandes catedrales europeas, ¡tal su esplendor! La misa pontifical a gran orquesta y coro; la procesión formada por la Cruz Alta y ciriales llevados por sacerdotes con dalmáticas doradas y paños de hombros, cientos de hombres con candelas encendidas en la mano, donde se codeaban don José Ruiz Angulo, don Felipe Yurrita, don Francisco Fernández Hall con los ayudantes de albañilería, zapatería o carpintería, etc. Luego el seminario, clero y cabildo. El clero con casullas; los párrocos, superiores de órdenes y cabildo, con capas y arandelas de plata. El mayordomo de la Archicofradía por privilegio marchaba dentro del clero portando el guión. Luego cuatro sacerdotes con dalmáticas incensando al Santísimo, que bajo palio, en la Custodia de oro que estuvo sepultada por mucho tiempo (cuyo relato hice anteriormente, era llevada por el señor arzobispo con mucha piedad y devoción. Detrás del palio, tres mayoristas del seminario, con paños de hombros, llevaban el báculo, las vinajeras y la mitra.

La orquesta, dividida en cuatro grupos, estaba colocada junto a los altares, con cuatro coros diferentes para no provocar desorden a la hora de la procesión. A su tiempo cantaban aquellos inolvidables motetes: **Oh Salutaris Hostia, Panis Angelicus, Bone Pastor**, y tantos más, que hacían elevar nuestras almas al cielo. Y mientras tanto, las campanas tocadas con delirio hacían saber al pueblo que era la hora de la procesión. Y, cómo cantaba el pueblo: "De Jesús el misterio sagrado, celebremos oh guardias de honor", "Oh gran sacramento de

amor y de vida", "Cantemos al amor de los amores". Y todo aquello, aunque un poco menos, se repetía mañana y tarde durante los ocho días. El jueves de la octava sí se repetía la solemnidad.

En una ocasión en que el cabildo no se decidía a nada, se lo contó al señor Durou el encargado de los trabajos y él contestó con energía: "No, no, todo debe hacerse lo mejor que se pueda... ¡es para Jesús Sacramentado!"

El salía la víspera por la tarde a ver cómo estaba todo en la catedral y en una ocasión no quedó muy satisfecho y comenzó a llamar al sacristán: "Angel... Angel... Pongan más candelas en los altares, se ven muy pobres... ¡Son para Jesús Sacramentado! Compren más flores..." Muchas veces lo he recordado y he pensado con tristeza y profunda nostalgia: **¡Que diría él, ahora!**

En una ocasión, una señora llevaba una botella de aceite para la lámpara del Santísimo y al entregarla al sacristán se le resbaló, quebrándose al caer al suelo y desparramándose todo el líquido en una gran extensión. El arzobispo andaba por ahí y al darse cuenta del suceso, muy apenado, les dijo: "Laven todo eso, lávenlo bien, que no se sienta ese feo olor... ¡Ay, en qué día fue a suceder eso...! Que no se sienta el olor... mañana es su fiesta."

Pequeñas cosas que revelaban su grande amor.

Siempre creímos que esas solemnidades lo serían toda la vida... Y qué equivocados estábamos...

Así las fiestas de la Inmaculada Concepción. Durante la novena desfilaban por el púlpito los mejores oradores. El día 8 a las nueve de la mañana, al compás de la "Marcha Triunfal" de Aída, entraba por la puerta principal el cortejo para la misa pontifical. El día nueve, el arzobispo acompañaba el rezado de la Inmaculada Concepción con el cabildo, clero y seminario, hasta la novena calle y novena avenida.

El arzobispo visitaba todos los días, a la una de la tarde, el Jubileo Circular, exceptuando cuando estaba fuera o enfermo en cama. ¡Qué ejemplo nos daba! Repito que fue un gran arzobispo y nosotros unos mal agradecidos. Nadie lo recuerda ya y su obra tanto espiritual como material, fue grandiosa.

Diez años vivió como arzobispo, con crisis mundial, y fundó el seminario, que no había. Lo puso bajo la dirección de monseñor Mateo

D. Perrone y Cabrera, sacerdote de ciencia y virtud, muy austero. Se dio el gusto monseñor Durou de ordenar varios sacerdotes. De ellos viven monseñor Miguel Angel García Aráuz, de quien no tengo necesidad de hacer elogio, pues lo hacen los que lo conocen. Monseñor Rafael González Estrada, obispo auxiliar; monseñor José Girón Perrone, Vicario General; monseñor Juan Rodas, el padre Mateo Valdez, el padre Domingo Véliz, y difuntos: Francisco Javier Córdova, Francisco Castillo, Augusto Herrera y Mardoqueo Castillo. **De todos ellos, ninguno ha colgado la sotana para casarse.**

Una sola vez fue monseñor Durou a Europa, para su visita **ad limina**; cuando regresó trajo entre los regalitos una corona y aro de estrellas y seis candeleros, todo para la Inmaculada Concepción. La corona es la que usa todo el año. Las estrellas están guardadas.

Cuando murió, invadieron el Palacio Arzobispal los fotógrafos de los periódicos y por las fotos nos enteramos que dormía en una pobre cama de hierro vieja, de aquellas que tenían unos "bodoques" de plomo. **No dejó** bienes inmuebles ni dinero. **Pero sí dejó** las torres de Catedral, El órgano, su frontispicio, el reloj de la parte trasera y las bóvedas restauradas isin ayuda del Gobierno! Y, seguramente, un gran tesoro en el cielo.

Y sigamos con la Catedral. En la sacristía había, en el lugar principal, una imagen grande de Cristo Crucificado, tal vez más que del tamaño natural. ¡Bellísima! Según decían fue de las monjas carmelitas y ante él hacían sus votos. Lo tenía un grupo de exclaustadas que vivían juntas en la casa de la esquina norte poniente que forman la cuarta calle y once avenida. El padre Rámila llegó un día y les dijo: "Madres vengo por el Cristo..." Gran susto para ellas, pero al fin una le preguntó que para qué lo quería y el respondió: "Para la sacristía de la Catedral. Ustedes ya están viejas y próximas a morir y no saben a dónde irá a parar... Así ya se mueren tranquilas pues saben dónde está". Ellas le pidieron que se lo dejara unos días más, pero él les contestó: "¡Hoy o nunca!" Y en medio de las lágrimas de las monjas salió la bella imagen para la sacristía de la Catedral, donde impresionaba con su belleza y de donde pensó el padre que no saldría nunca... ¡Pero se equivocó! Monseñor Rossell lo dejó en el altar mayor, donde lo pusieron para su consagración. Después estuvo acostado en el

piso de la sala capitular y finalmente en la galera que sirve de capilla en el seminario conciliar. Ahí lo vi la última vez que me llevaron no recuerdo a qué y tuve esa grata sorpresa. Digo grata, no por el lugar en donde se encuentra, sino porque lo creí perdido, fuera de Guatemala...  
**¡Como ha sucedido con tantas cosas!**

En la sacristía, para el servicio de la Catedral, había cuatro custodias, siete cálices, cinco copones, cuatro incensarios, dos juegos de cruz alta y ciriales, dos atriles, ¡todo de plata! **¡Ahora no hay más que lo puramente indispensable...!**

Los ornamentos estaban catalogados en: de diario, para fiestas de segunda clase, de primera y para fiestas extraordinarias, que se guardaban en el Palacio Arzobispal, así como incensarios, atriles, jarro de lavado y otras cosas. En el fondo, en una especie de gavetero alto, con molduras doradas y un óvalo horizontal en la parte superior, donde decía "para prebendados", se guardaban los ornamentos para los canónigos (se supone lo que ahí se guardaba).

Había unos ornamentos dignos del mejor museo del mundo, que provocaban la admiración de los extranjeros y la vanidad nuestra, cuando oíamos los elogios que les tributaban. El que usaban el día del Corpus parecía alas de mariposa, tornasol, muy parecido al de Jueves Santo; uno era de lentejuelas y el otro de laminitas prensadas. Había otro de tisú de plata, con bordaduras de oro muy realzadas, juego completo, hasta con frontal. La última vez que lo vi fue cuando coronaron a la Virgen del Rosario de Santo Domingo, el 28 de enero de 1934.

En un colegio de monjas me contaron que en la sala tenían de adorno, como tapiz, un frontal que en el centro tenía los corazones de Jesús y de María, que lo ponían para el Corpus y que la monja dijo que se lo habían regalado... **Del altar a la sala...** "Lo que no nos cuesta, hagámoslo fiesta".

El inolvidable padre Julio Martínez Flores me contó que en tiempo del otro inolvidable, monseñor Ricardo Casanova y Estrada, se pidió a París lentejuelas e hilos de oro y plata, y la madre Juana Catalán, monja capuchina que entonces estaba **potente** (palabras de él), con otras monjas repararon todos los ornamentos y así se conservaron, me dijo.

En tiempo de monseñor Dorou, por cuenta de don José Ruiz Angulo, caballero de San Silvestre, les hicieron otra reparación en la Casa Central.

Cuando el terremoto de los años 17-18 arruinó la Catedral, se reunió el Cabildo para tratar de su reconstrucción y buscaron un ingeniero. Tiempo después, nueva reunión para oír el informe y todos detrás del ingeniero oyéndole que decía: Hay que botar, hay que botar allá y que botar más allá... El padre Montenegro y Castilla se adelantó y, sin consultar, le dijo: "Muchas gracias, señor, nosotros queremos quién repare lo que el terremoto botó y no quién bote lo que él respetó..." Y buscaron otro, que creo que fue un italiano de apellido Alvanni, si no estoy equivocado, que ése sí hizo lo que ellos querían. El padre José Minera Vielman, que fue quien me lo contó, agregaba: "Si no hubiera sido por el Padre Montenegro, no tendríamos Catedral y nos hubiera sucedido las del Teatro, que quedó menos dañado, pero como lo botaron, aún no hay nada..."

Así pues, gracias a Dios y al Cabildo comenzó la restauración, nave por nave. El crucero y la cúpula lo destaparon para la fiesta del Corpus, en el año de 1928. Como yo aprovechaba cualquier salida para ir a meterme a los templos en vísperas de fiestas, para ver qué adornos estaban poniendo, llegué a la Catedral el martes anterior y, acostumbrado a ver hasta los cancelos de machihembra, cuando entré, hasta la respiración se me fue de la admiración que me produjo ver la cúpula, el crucero y el coro. Al órgano le pusieron unas mantas pintadas, para simular las flautas que no tenía.

El once de noviembre del mismo año fue la consagración del Arzobispo Monseñor Luis Durou y Sure, así como del primer obispo de los Altos, Monseñor Jorge García y Caballeros. La efectuó el Arzobispo de La Habana, Monseñor Jorge J. Caruana, que en tiempos anteriores vino como Administrador Apostólico. Algunos sacerdotes decían que su verdadera misión fue observar la situación de la Iglesia y escoger al futuro Arzobispo, que él dijo que se necesitaba un hombre de carácter de hierro y escogió al padre Juan Cecilio Cuéllar, que así lo parecía. La voz corrió y se formó un comité para preparar dicha consagración. Pero al venir las bulas, no fueron con ese nombramiento, sino con el del señor Durou, que nadie se había imaginado.

Monseñor Caruana se enojó mucho y después de las fiestas se regresó a la Habana, diciendo que no volvería jamás... Y lo cumplió. Nunca más volvió a Guatemala. Esa fue la razón por la que no aceptó las invitaciones a los Congresos Eucarísticos.

La consagración fue la más solemne que hemos tenido en Guatemala en el presente siglo. Vinieron muchos prelados, a pesar de lo difícil que era el transporte en ese tiempo. Fue una semana de fiestas.

Alguna parte del Clero, compañeros de estudios del padre Cuéllar, no quedaron contentos con la designación, y de cierto modo, lo llamaban "el extranjerote". En una ocasión, predicando en la Catedral, donde lo hacía todos los domingos a las diez de la mañana, dijo con toda sencillez que "él sabía que no todos lo querían bien, porque no era guatemalteco y que le decían extranjerote y pan blanco, pero que no se enojaba por eso. ¿Qué culpa tenía de haber nacido en Francia? Pero vendrán otros a quienes les dirán pan negro..."

El padre Eloy Suárez Cobián, a quien yo visitaba de vez en cuando, ya varios años después de muerto el señor Durou, en la conversación lo mencioné y me dijo con una emoción grandísima y con los ojos llenos de lágrimas: "¡Ah! El señor Durou, fue un gran arzobispo, que no supimos comprender..., "posiblemente porque él fue uno de los del grupo del padre Cuéllar.

El padre Eloy Suárez Cobián, a quien yo visitaba de vez en cuando, ya varios años después de muerto el señor Durou, en la conversación lo mencioné y me dijo con una emoción grandísima y con los ojos llenos de lágrimas: "¡Ah! El señor Durou, fue un gran arzobispo, que no supimos comprender...", posiblemente porque él fue uno de los del grupo del padre Cuéllar.

Lo último que restauraron fueron las bóvedas, que las abrían al público el dos de noviembre de cada año, después de la tercera misa que celebraba el padre sacristán, como a las ocho de la mañana. En ese tiempo podían celebrar tres misas los sacerdotes, el 25 de diciembre y el 2 de noviembre, únicamente. Los domingos y días de precepto dos, y los demás días una sola y en ayunas todas.

Cuando terminaba el padre sacristán, el arzobispo bajaba a las bóvedas con ciriales y aspergue, para cantar un responso solemne, y las recorría haciendo oración ante varios sepulcros de sus antecesores, y se

quedaban las puertas abiertas.

Ahí vi el cadáver embalsamado del arzobispo Casaus y Torres, que murió en el destierro en la Habana y lo trajeron a enterrar en Santa Teresa porque fue un bienhechor de ese monasterio; pero cuando se cayó esa iglesia lo recogió el padre Solares, quien estaba de capellán, y dio aviso a la curia y el clero lo fue a traer en hombros. Le hicieron hontas fúnebres y lo depositaron en las bóvedas, esperando que al restaurarlas lo enterraran, como así fue.

Conocí ahí un San José y una Virgen (Misterio), dorados, grandes muy lastimados, me dijeron que eran de la Concepción, después ya no los ví más.

Había muchos hacheros de madera negros, donde ponían candelas, pues era esa la iluminación. Cada vez que fue posible, entraba para ver los sepulcros del señor Casanova, a quien no conocí, pero de quien oí decir tantas cosas, que guardaba especial cariño por él; luego el de Carrera, que ahí está enterrado, y a Reinita, como llamaban a Reina Barrios. Me parecía raro que ahí estuviera enterrado Tata Lapo (Serapio Cruz), pues me imaginaba a todos los liberales "come curas y descreídos", pero algunos ancianos me aclararon que no fue así. Que los Cruces atacaban al Gobierno, pero eran católicos observantes, por eso estaba sepultado ahí.

Guatemala, 1980.



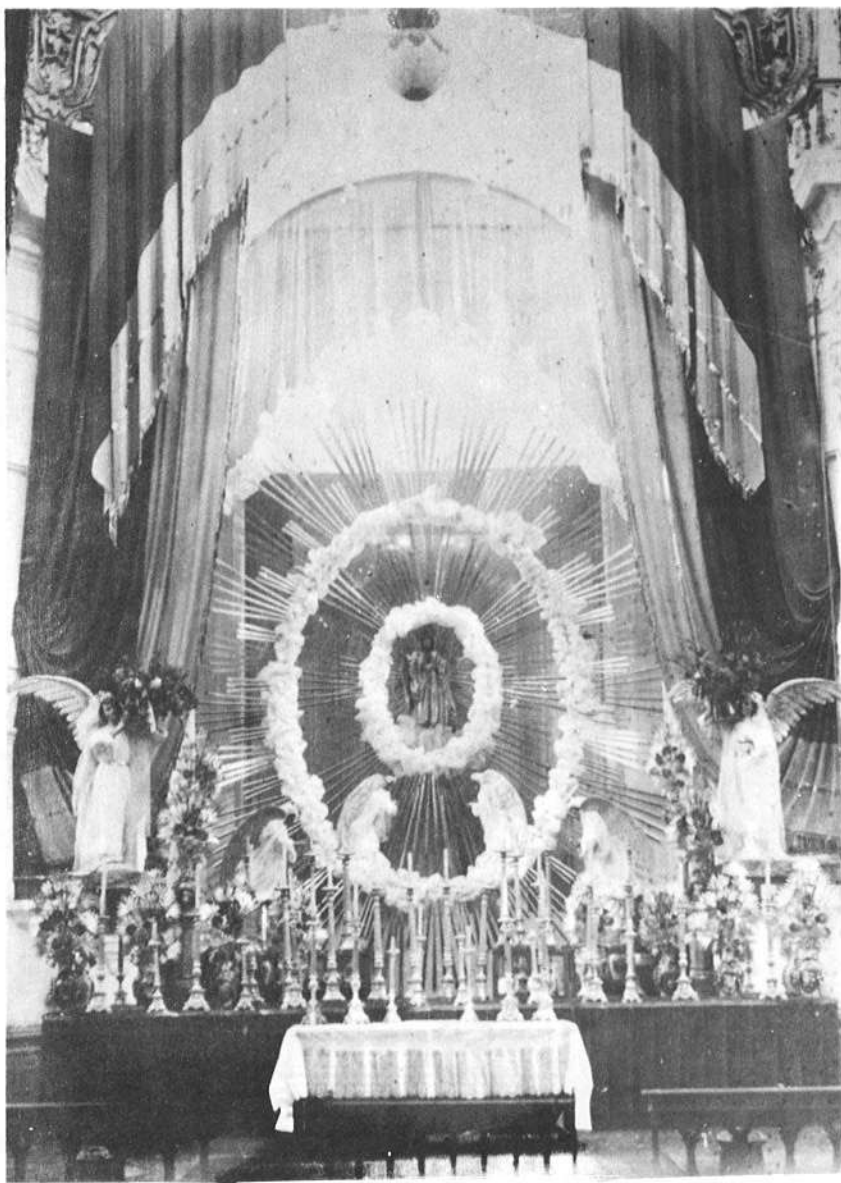
Ramiro Araujo Arroyo en sus años de juventud.



La Nueva Guatemala de la Asunción a principios del siglo XX: El antiguo Calvario, final de la calle real.



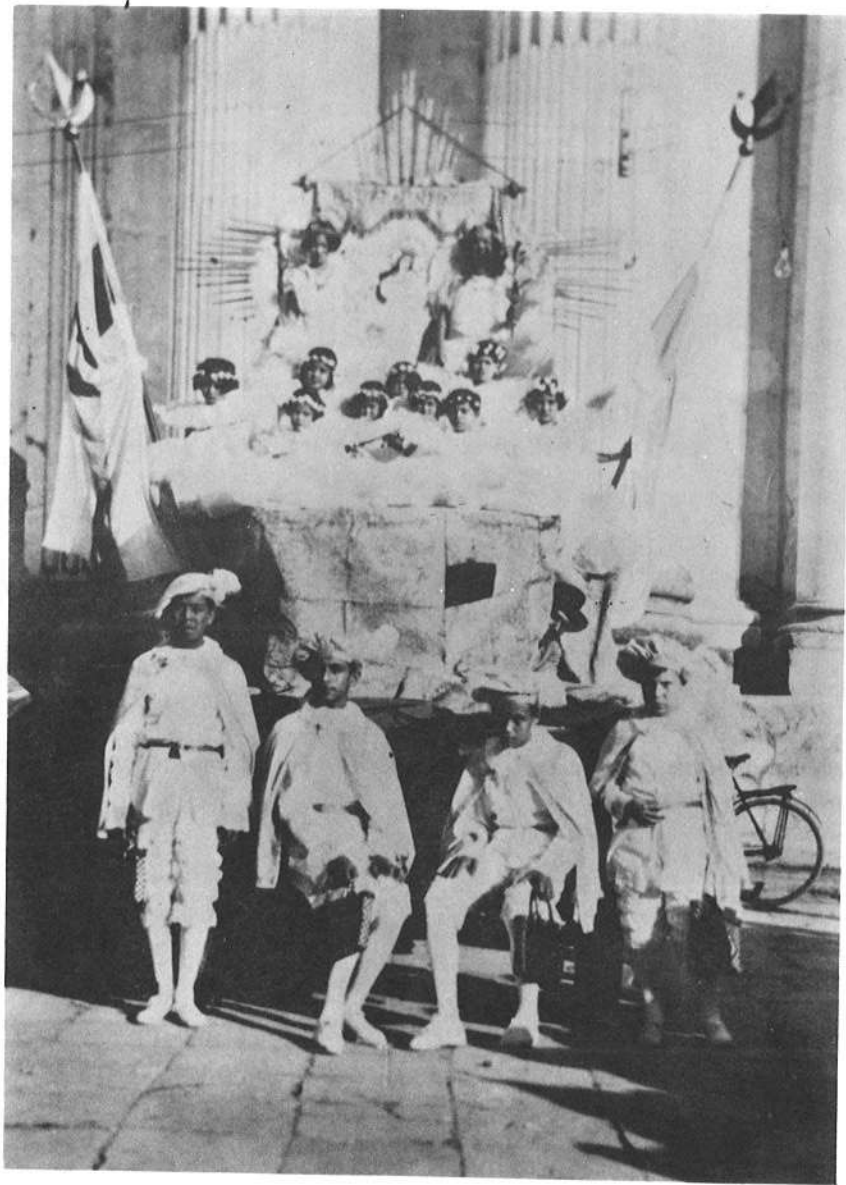
Altar y cortinajes elaborados por Ramiro Araujo Arroyo para las festividades del Sagrado Corazón de Jesús en 1912. Iglesia de La Merced, ciudad de Guatemala.



Altar y cortinajes elaborados por Ramiro Araujo para la gran festividad de los músicos y filarmónicos en 1914. Iglesia de La Merced, ciudad de Guatemala.



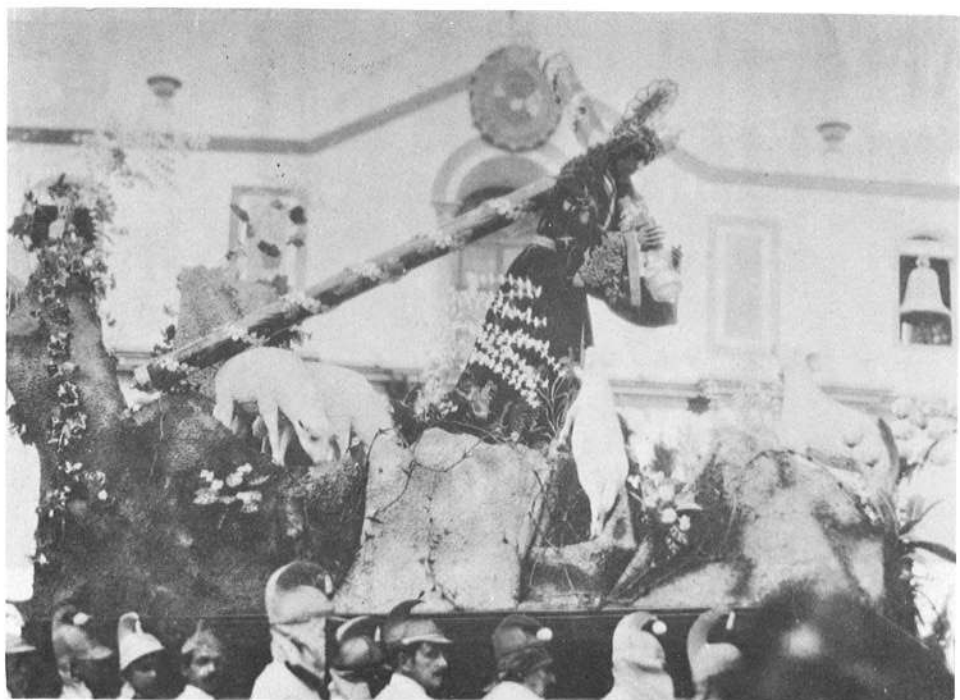
Nacimiento tradicional guatemalteco elaborado por el maestro Araujo 1980. Iglesia de San Francisco.



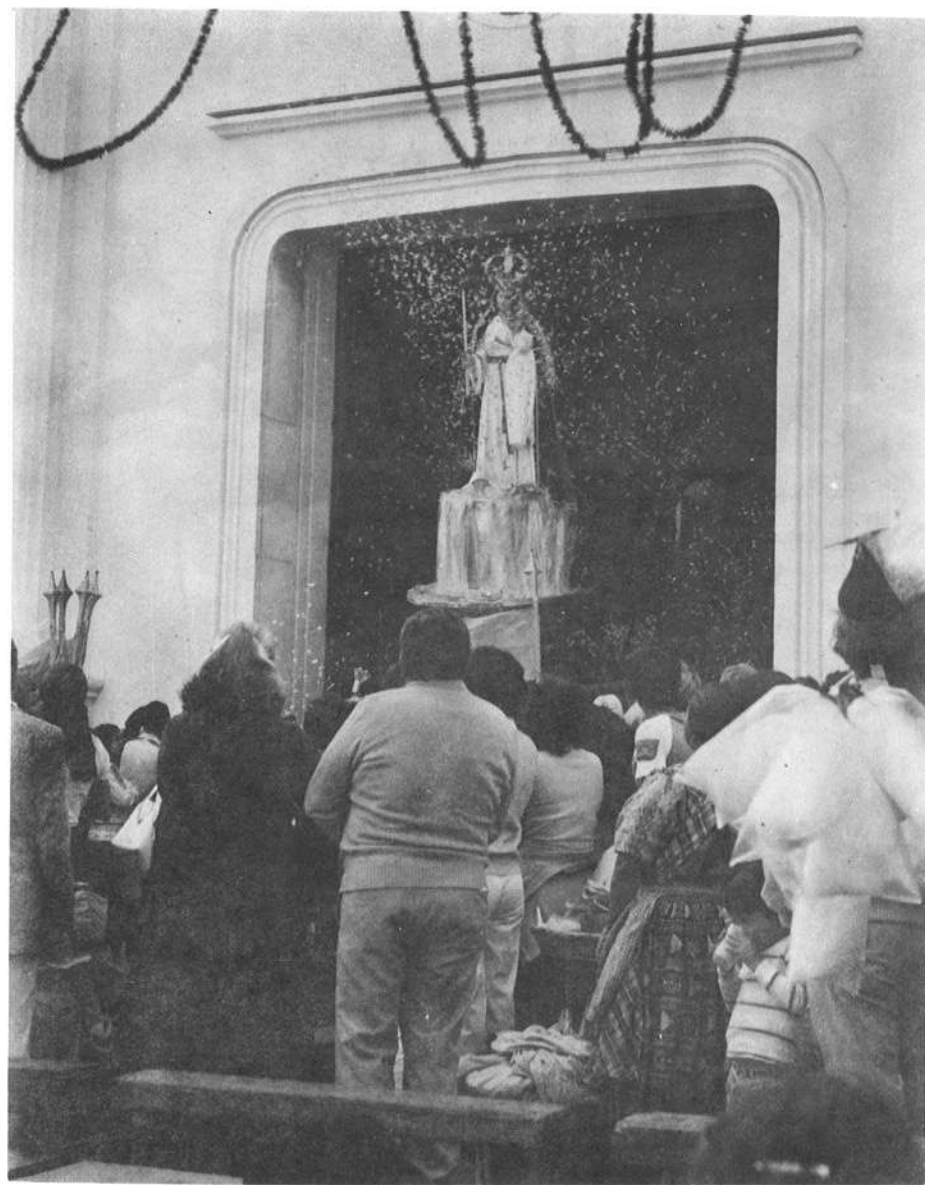
Convite de la Virgen de Concepción de la iglesia Catedral de la ciudad de Guatemala en 1942. Arreglos del maestro Araujo.



Anda de la virgen de Fátima arreglada por Ramiro Araujo. Procesión que recorre las calles de la ciudad, 1931.



Arreglo del anda del Nazareno de la iglesia de Candelaria, obra del maestro Araujo Arroyo, 1952.



Arreglo del anda de la Virgen de Candelaria. Rezado del 2 de febrero de 1981 y obra de Ramiro Araujo Arroyo.





El maestro Ramiro Araujo Arroyo en la actualidad (1981), trabaja en los adornos de la iglesia de Candelaria para las festividades del 2 de febrero.